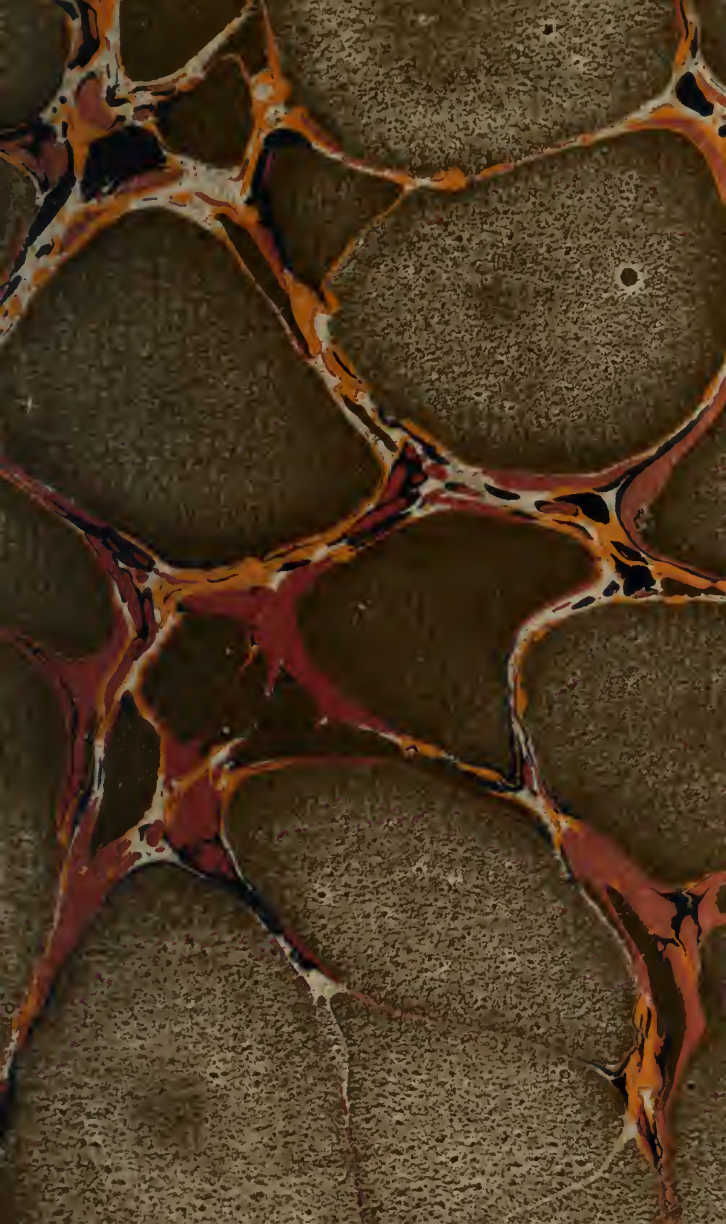
3 1761 04131 4550



EL CONDE

de

GANDESPINA.

TOMO PRIMERO.

E748C

EL CONDE
de
CANDESPINA,

novela histórica original,

POR

D. Patricio de la Escosura,

Alférez del Escuadron de Artillería
de la Guardia Real.

34823

MADRID Y SEPTIEMBRE:
IMPRENTA, CALLE DEL AMOR DE DIOS, n.º 14.

1832.

¿Por qué de Roma tu ofuscada mente
Hazañas busca en la remota historia?
¿Para asombrar á la futura gente
No basta acaso la española gloria?
Cuando virtud y honor tu lira intente
Eternizar del mundo en la memoria,
Los campos corre de la madre España,
Y cada monte te dirá una hazaña.

(D. Ventura de la Vega, canto al Rey N. S.)

EL CONDE
DE
CANDESPINA.

CAPITULO PRIMERO.

Iluminaba la luna las altas torres del castillo de Castelar, situado á corta distancia de Zaragoza, una apacible noche de las mas templadas del mes de junio; solo una centinela interrumpia, con el ruido de sus pasos y el crujir de las armas, el profundo silencio que reinaba en torno de la fortaleza, en tanto que el alcaide y la guarnicion reposaban descuidados, pues no era de temer en el corazon del reino un ataque imprevisto.

Así lo pensaba tambien, sin duda, la ilustre cautiva que en él se encerraba entonces; y la siguiente conversacion nos hará juzgar del desaliento y dolor á que se habia entregado.

«—Déjame, Leonor; déjame llorar: en »esto solo encuentro alivio.— ¿Alivio, Se»ñora? V. A. destruye su salud.— ¿Y qué »me importa la salud ni la vida? ¿Para qué »las quiero, si he de pasar mis dias en este »miserable encierro?— No lo permita su »Divina Magestad. Su Santísima Madre nos »protegerá. Yo á lo menos así se lo ruego »en todas mis oraciones.— Y yo le tengo »ofrecido un candelero de oro mazizo al »Santo Apóstol, patron de España, si se »digna alcanzar por sus méritos que yo »vuelva á mis reinos.— Y volverá V. A., »Señora. El corazon me dice que no hemos »de tardar en ver á Leon.— ¡A Leon!... »¿A Leon, Leonor? ¡Pluguiera á Dios! »Pero no lo creo.— V. A. pierde el áni-

»mo, Señora, y olvida que sus leales cas-
»tellanos viven....— ¿Leales los castella-
»nos? ¡Traidores! abandonan á su Reina
»y natural Señora para entregarse á mi
»marido, mejor diré á mi tirano.— Aun
»hay castellanos que aborrecen á Alfon-
»so....— ¡Cobardes! y ¿por qué no desnu-
»dan el acero?— No es tarde, Señora.
»—¿No es tarde, y yo estoy cautiva? Leo-
»nor, tú has nacido para ser esclava.
»—Perdóneme V. A., Señora, pero no
»puedo resolverme á creer que no haya
»uno entre tantos como hacian alarde de
»adorar á su Reina como á tal, y como á
»la mas cumplida dama....— Leonor, me
»adulas.— V. A. sabe mejor que yo que no
»es lisonja lo que digo, y que los encantos
»de su persona han hecho acaso mas vasa-
»llos que su poder.— Verdad es que dicen
»que ha querido Nuestro Señor poner en
»mí algo de eso que llaman belleza; pero
»tú exageras la causa y los efectos.— ¡Ah,

»Señora! si estuviera aquí un caballero de »Castilla, que bien respondería. — ¿Un »caballero de Castilla...? No sé de quién »hablas.— Del mas galan, del mas valien»te, y tambien del mas enamorado.— Bien »lo encareces, Leonor. ¿Eres su dama? »—¿Yo, Señora? No merezco tanta honra. »El campeon de quien hablo ha elevado »sus pensamientos á mas alto lugar.— ¿Mas »alto que una rica Hembra de Castilla? »—Sí Señora; y si V. A. me permite nom»brarle cesará su sorpresa.— No solo te lo »permito sino que te lo mando.— Es Don »Gomez.— ¿El Conde de Candespina? »—El mismo.— ¡Ah!"

Aquí siguió una breve pausa; la camarera, que tal era el empleo de Doña Leonor de Guzman, ó no supo que añadir, ó lo que es mas probable, no se atrevió á darse por entendida en cuanto á la significacion del suspiro, con que la Reina de Castilla Doña Urraca habia terminado la con-

versacion, ni quiso interrumpir las reflexiones á que parecia entregarse su Señora. Nosotros, imitando la discrecion de aquella dama, dejarémos por un momento á la Real prisionera meditar sobre su desagradable posicion, y aprovecharémos este intervalo, enterando á nuestros lectores de lo que indispensablemente necesitan saber para hacerse cargo de los acontecimientos que van á ocuparnos.

Despues de un largo reinado, en el discurso del cual estuvo casado diferentes veces, D. Alfonso VII de Castilla tuvo la desgracia de perder en la batalla de Uclés, contra los almoravides, al único hijo varon que de todos sus matrimonios le quedaba. Murieron con este Príncipe las esperanzas de su padre, y en el corazon de los grandes de Castilla nació el temor de verse sometidos á una dominacion estrangera, si se casase con un Príncipe de fuera del reino la Infanta Doña Urraca,

heredera del trono, hija de D. Alfonso, y viuda de D. Ramon de Tolosa, Conde de Galicia, de quien tuvo un hijo llamado como su abuelo. La memoria de la última guerra civil estaba grabada de tal modo en todos los corazones, y eran tan recientes las heridas del estado, que pecheros, prelados y grandes, resolvieron sacrificar sus particulares intereses á la paz suspirada; y con este objeto se juntaron los magnates del reino en Mazcaraque, donde la mayoría resolvió suplicar al Rey casase á su hija con D. Gomez Salvadores, Conde de Candespina, Oña, Tesla, Canderechas y Poza. No parece necesario encarecer la nobleza del linage, valor, discrecion y popularidad de este caballero, pues basta saber que los que bajo de todos aspectos podian considerarse como sus iguales, suplicaban que se lo diesen por Rey y Señor, para persuadirse de la superioridad de su mérito y del ascen-

diente que habia sabido adquirir sobre el ánimo de los castellanos.

Era el Conde corpulento, bien formado, de rostro moreno, facciones marcadas y condicion mas severa en general que afable; pero aunque criado en el ejercicio de las armas, su corazon conservaba mas sensibilidad de la que en lo esterior parecia, y acaso de la necesaria para su ventura. Sea pues que la hermosura de Doña Urraca, que en efecto era grande, le cautivase, ó que la lisongera perspectiva de reinar en Castilla estimulára su ambicion; lo cierto es que D. Gomez entró en el proyecto del matrimonio con una vehemencia que casi no podia disimular á pesar de sus esfuerzos. No podrémos decir si entonces la Infanta ignoraba ó no el amor del Conde; pero es de presumir que lo supiera, pues la dignidad de éste le proporcionaba ocasiones de verla casi diariamente, y la distancia que en aquellos tiempos separaba á

un rico hombre de las personas reales, no era comparable á la que hoy media entre los grandes y el trono.

El sistema feudal en el siglo XII, á cuyos principios se refiere la época de que hablamos, estaba en toda su fuerza y vigor en Europa y no menos en nuestra España que en sus demas reinos. El formidable poder de los grandes y prelados igualaba en cierto modo al de los Reyes, obligando á estos á ceder no pocas veces de sus derechos para conservar la paz, y en ocasiones hasta el trono y la vida; de lo que resultaban los disturbios y desórdenes inevitables en un estado cuyo gobierno no tiene la fuerza suficiente para hacerse obedecer de todos sus súbditos.

Sin embargo Alfonso VII, á quien cuarenta años de victorias y un carácter firme y decidido habian hecho respetable, supo hacer entrar en su deber aun á los mas osados, de tal modo, que no hubo en la

junta de Mazcaraque ni uno solo que se atreviera á comunicarle la súplica de los grandes allí reunidos, y proponerle el matrimonio de la Infanta su hija con el Conde de Candespina. Es probable que la tal junta no hubiera llegado siquiera á noticia del Rey, si un médico judío, llamado Cedillo, á quien distinguia particularmente, presumiendo de su privanza mas de lo que debia no hubiese tomado á su cargo llevarle el mensaje. Menguada fue para el judío la hora en que tomó tal comision, pues á pesar de haber esperado largo tiempo momento oportuno, y de no haber arriesgado la súplica sino en los términos mas respetuosos y humildes, el Rey al oirla montó en cólera, y mal le aviniera al entremetido médico sino se retirára inmediatamente como se lo mandó D. Alfonso, desterrándolo para siempre de su presencia. No se limitó á este solo efecto el enojo de aquel Príncipe, sino que para

manifestar mas claramente á los grandes que él solo mandaba en su reino y familia, dispuso y verificó inmediatamente el matrimonio de su hija con Alfonso, entonces Príncipe, y poco despues Rey de Aragon, que tuvo efecto en Toledo, á pesar de las mal reprimidas quejas de la nobleza y del clero, y la poca inclinacion de Doña Urraca hácia su esposo. Sea como quiera, los descontentos por leales ó temerosos no se atrevieron á levantar la cabeza, y los desposados partieron para Aragon permaneciendo todo tranquilo en los reinos de Castilla hasta el fallecimiento del Monarca que acaeció cuatro ó cinco años despues.

Muerto D. Alfonso, le sucedió con arreglo á su última voluntad, Doña Urraca, y por ser su marido se aclamó Rey á Don Alfonso de Aragon, quien reuniendo en su cabeza la mayor parte de las coronas españolas se llamó emperador de Espa-

ña. Temeroso de hallar resistencia, entró en Castilla con un numeroso ejército, pero todas las ciudades y villas le abrieron sus puertas, lo que sin duda debiera haber bastado á tranquilizarle; pero lleno de una desconfianza, que no se concibe, puso guarnicion aragonesa en la mayor parte de las fortalezas, dejando en sus alcaidías á muy pocos caballeros castellanos de los que sabia que eran sus mas parciales, y entre ellos á D. Pedro Ansurez, Conde y Señor de Valladolid.

Sintió Castilla, como era razon, este proceder, y aun lo sintió mas su Reina, la cual como en despique despojó de su gobierno al Conde Ansurez á pesar de haber sido su ayo. Alfonso creyéndose desairado, primero dió al Conde en su reino magníficas posesiones, y por último indignado de que su esposa no disimulase el pesar que le causaban las cosas de Castilla, y sobre todo de que manifestase casi en públi-

co cuán disgustada estaba con su matrimonio, lamentándose de no haber casado con D. Gomez; la hizo encerrar en el castillo de Castelar, y devolvió á Ansurez su condado haciéndole otras muchas mercedes.

Mas de treinta dias habian corrido desde el de la cautividad de la Reina, cuando tuvo lugar el diálogo que hemos referido á nuestros lectores, los cuales ya no estrañarán que la Reina llamase á Alfonso su tirano.

Doña Leonor, dama de la Reina, ó mas bien su íntima amiga, pues con ella se habia criado, sabia la pasion del Conde de Candespina, y conociendo el carácter caballeresco de éste, y el orgullo nacional de los castellanos, formó desde el momento en que supo que iba la Reina á ser conducida á Castelar, el proyecto de valerse de uno y otro para sacarla de aquella esclavitud; y con este objeto envió un mensaje á D. Gomez, por medio de un

criado de toda confianza, á quien hizo partir secretamente la noche de su prision. Este era el motivo porque tanta esperanza mostraba á Doña Urraca; pero ésta que desde su casamiento no habia visto al Conde, ni oido hablar de él mas que para ponderar su valor contra los moros de Granada ó de Sevilla, se creia ya olvidada, y se contentaba, como hemos visto, con suspirar cuando se hablaba de él.

Engañábase empero: la pasion de Don Gomez reconcentrándose habia ganado en intensidad todo cuanto se habia visto obligado á suprimir en demostraciones esteriores, y si abandonó la corte durante la vida de Alfonso de Castilla fue para no esponerse á manifestar lo que pasaba dentro de su corazon. Sus asuntos domésticos le condujeron á Candespina, y allí le halló el mensaje de Leonor, en el cual le conjuraba por cuanto hay de sagrado para un vasallo, caballero y amante, que cor-

riese sin perdonar riesgo ni fatiga alguna, á libertar á su Reina de los hierros en que la crueldad de Alfonso la tenia; y para concluir indicaba la diestra cortesana cuanto podia esperar el Conde de la gratitud de Doña Urraca.

Los efectos de la chispa eléctrica no son mas rápidos que lo fue el que esta noticia hizo en el inflamable D. Gomez. Recibirla, reunir algunos de sus mejores amigos y fieles vasallos, montar á caballo y partir para el Aragon fue obra de tan pocas horas, que ya estaba cerca de Zaragoza cuando en Castilla se le echó de menos.

Acercóse la Reina á la reja de su prision, desde la cual, á favor de la claridad de la luna, descubria perfectamente toda la campiña inmediata, á escepcion de la parte que ocultaba un espeso bosque que á su derecha se veia, y cuyos límites tocaban al foso del castillo. No se movia un so-

lo viviente, á escepcion del centinela que bajo de la misma ventana, ora se paseaba para espantar el sueño, ora apoyado en su lanza murmuraba en voz alta contra la lentitud del tiempo que no traia el momento del relevo tan pronto como él quisiera.

«Tú sabes, dijo la Reina oyéndole, tú »sabes al menos el momento en que ce»sarás de padecer; pero yo, infeliz de mí, »solo en la muerte espero."

La camarera estaba al lado de la Reina, aunque un poco mas atrás por respeto, y con razones semejantes á las que hemos referido al principio de este capítulo, trató de consolarla, sin atreverse á manifestar el principal fundamento de sus esperanzas, pues aunque no creia saliesen vanas, era sin embargo arriesgado anunciar á Doña Urraca el paso que habia dado hasta ver el éxito que producia. Leonor conocia demasiado bien el carácter de

su ama para dar un paso en falso, y por lo mismo calló, persuadida de que si D. Gomez lograba quebrantar la prision de la Reina, la colmaría ésta de gracias; pero si por el contrario la empresa se frustraba, ó el Conde no queria aventurarse, era indudable que la indignacion de su Soberana sería el único premio de su oficiosidad.

Caprichosa á fuer de bella, altanera en estremo, inconstante en el amor, implacable en el odio, soberbia en la prosperidad, débil en la desgracia, Urraca era querida de muy pocos; pero su nacimiento, su hermosura y las gracias que sabia desplegar con aquellas personas que creia de su interés tener contentas, la habian sin embargo adquirido algunos partidarios de corazon, á mas de los que sus derechos incontestables al trono de Castilla, y los cálculos de propia conveniencia de algunos unieron á ella en lo sucesivo; mas en el momento solo podia contar con el

Conde, á quien creía demasiado lejano para socorrerla. Convencida pues de que su situacion actual era irremediable, hizo muy poco caso de los consuelos de su camarera, y cansada por fin de suspirar, contemplando los astros, se arrojó vestida sobre el lecho, dejando abiertas las ventanas en razon del calor.

CAPITULO II.

«Por San Pedro, Conde, que vos solo »seríais capaz de tal empresa.— ¿Y por »qué no cualquiera otro? las haciendas y »las vidas de los vasallos son propiedad »de los reyes.— En buen hora, lo sé tan »bien como vos. Pero lo que ahora hace»mos, Dios me perdone sino es provocar »al mismo demonio.— Si os pesa, Hernan»do de Olea, podeis volveros, que no »os habrémos menester tanto que no con»cluyamos la demanda sin vos.— ¡Voto »á...!— No voteis á nada, que habemos »menester la ayuda de todos los santos, y »no será justo provocar su enojo con ju»ramentos.— Ya lo sé que no debo votar, »pero lo que me habeis dicho, Conde, lo »que me habeis dicho, á no ser vos.... »—Bueno está, Hernando, bueno está. Per-

»donad mi injusto enojo.— Esa palabra »en la boca del Conde de Candespina de- »sarmaría la cólera del mismo Lucifer. »Mas ahora, decidme por vuestra vida, si »os parece cuerdo arrojaros en medio de »un reino estraño con los doce hombres »que os acompañamos. — Hernando de »Olea vale él solo por doscientos, y mi »espada.... — Por la de mil de estos tes- »tarudos aragoneses. Maldicion sobre ellos »y sobre su Rey diria sino fuera nuestro »tambien. Con todo, Conde, se pueden »reunir tantos.... — ¿Quién os ha dicho, »Hernando, que yo voy á combatir cuerpo »á cuerpo con todo el ejército de Aragon? »Mi plan es caminar por sendas poco fre- »cuentadas y llegar sin ser visto á Caste- »lar. Los montes de Aragon me son bien »conocidos, he hecho la guerra en ellos »mas de una vez, y yo os fio que llega- »rémos seguros.— Así sea."

En efecto, la fortuna sirvió completa-

mente al Conde, y éste tomó tan bien sus medidas, que con la sola precaucion de caminar siempre de noche, y no entrar en poblaciones considerables, llegó al fin de su viaje sin encontrar el menor obstáculo. En el dia sería muy difícil, cuando no imposible, que trece hombres armados corriesen las cincuenta leguas que por el mas corto y peor camino hay desde Candespina á Castelar sin llamar la atencion; pero en aquellos tiempos de ignorancia y desórden semejantes sucesos eran tan frecuentes que no causaban la menor estrañeza. La escasez de pueblos, la falta de caminos que proporcionasen la comunicacion entre los que habia, y sobre todo la ninguna seguridad que el gobierno podia ofrecer á los viajeros, hacian que los pobres y los plebeyos pensasen rara vez en salir del lugar de su domicilio, y que los nobles que tampoco viajaban con frecuencia, lo hiciesen cuando

se veían precisados á ello, siempre armados y llevando en su compañía gran número de guerreros.

Por esta razon las pocas personas que nuestros viajeros encontraron en el camino, no estrañaban verlos cubiertos de hierro; y aunque algunos tuvieran curiosidad de conocer el gefe ó señor de aquella tropa, no juzgaron sin duda prudente entrar en contestaciones con ninguno de sus silenciosos individuos.

Entre todos los que acompañaban al Conde, aunque la mayor parte nobles, ninguno lo era tanto ni privaba con él como Hernando de Olea, su deudo y hermano de armas, quien por su parte le amaba entrañablemente. Valiente en estremo, temerario si se quiere, solo conocia Hernando la prudencia cuando se trataba de algun peligro que podia correr su amigo, y entonces su prevision rayaba ya en nimiedad. Opuso pues cuantas razones

se le alcanzaron contra la resolucion de D. Gomez que á la verdad no fueron pocas, porque el proyecto era arriesgado y difícil; mas fue en vano: el amor, la ambicion, la gloria, el espíritu caballeresco, todo llamaba al Conde á Castelar. Llegó por fin el de Olea á convencerse de la inutilidad de sus reflexiones, y el último altercado que sobre la materia tuvieron los dos amigos fue el que acabamos de copiar literalmente.

En los ocho dias que duró su viaje, se ocuparon únicamente del modo de dar fin á su empresa, que no presentaba pocas dificultades, pues era de presumir que la vigilancia del alcaide de Castelar sería proporcionada á la importancia del objeto que estaba á su cargo; y por otra parte las pocas fuerzas del Conde no le permitian presentarse á cara descubierta á sitiar la fortaleza. De este modo caminaron creciendo por instantes la perplejidad del enamora-

do D. Gomez, sin que Hernando, mucho mas útil en la pelea que en el consejo, pudiese sujerirle el menor espediente para salir de apuros; hasta que pasado el Ebro, media legua antes de llegar al Castelar, hicieron alto para que los caballos tomasen aliento.

Llegóse Millan García, criado del Conde, á su amo á quitarle la celada y preguntarle, si queria su señoría tomar alguna cosa, y como le respondiese que no, y que comiera él lo que le pareciese.— «Bueno, »dijo Hernando: ¡cuerpo de Cristo! en »ayunas no sé como podréis pelear con »esos bárbaros aragoneses que cada uno »tiene tanta fuerza como una yunta de bue»yes. Comed, Conde, que si vos nos fal»tais tanto montára no habernos movido »de Candespina.— Es imposible, Hernan»do, contestó con sentida voz el Conde: »es imposible, no atravesára un bocado »si me lo presentáran los Angeles.— Pese

»á mi vida, ¿qué teneis para dejaros mo-
»rir de hambre como un caballo cansa-
»do?— ¿Qué he de tener? Ya estamos en
»el Castelar, y no sé cómo he de valerme
»para sacar á mi Reina de la tal fortaleza.
»—Ya os lo dije; pero algunas veces, perdo-
»nad Conde, pareceis natural de este pais.
»Si me hubiérais creido se hubieran po-
»dido reunir á lo menos doscientas buenas
»lanzas, y con ellas en dos horas yo me
»prometia colgar en las murallas de su Cas-
»tillo al señor alcaide del Castelar.— ¡Es-
»celente idea! Con doscientas lanzas de-
»clararíamos la guerra al Rey de Aragon,
»á quien respetan navarros y franceses.
»¡Con doscientas lanzas, Hernando! ¿Es-
»tais en vos?— ¡Voto á...! Teneis razon;
»no me habia hecho cargo."

Calló Hernando, como le sucedia siempre que se veía cortado en su discurso, pues el esfuerzo que su imaginacion necesitaba hacer para producir un argumento

de algun peso no era obra de pocos minutos, y así decia él que rara vez disputaba con sus amigos porque siempre le convencian, y nunca con sus enemigos, pues para estos la mejor razon era la espada.

Millan se halló presente á esta conversacion, y su celo por el Conde le obligó á que, venciendo la repugnancia que le costaba hablar á su señor cuando este no se lo mandaba espresamente, propusiera que se caminase hasta una arboleda que cerca del Castillo habia, y que allí se podria con mas conocimiento de causa, teniendo á la vista la fortaleza, tomar el partido conveniente. Pareció tan razonable esta proposicion, que inmediatamente se puso en práctica, y antes de un cuarto de hora estaban ya el Conde y los suyos casi á la orilla del foso, en frente de la reja de la prision de la Reina.

Desde luego advirtieron que el foso estaba seco á la sazon, y que no habia mas que un centinela por aquella parte, de mo-

do que con un hombre solo tenian que luchar. Empero este hombre estaba sobre una muralla, y con un grito suyo era indudable que acudirian todos los de la guarnicion del Castillo; esto contenia el impaciente ardor de Hernando y el entusiasmo del Conde, hasta que por fin éste, volviéndose de repente, como un hombre inspirado á Millan, le dijo:

»Tú eres buen flechero.— Señor, sé ti»rar una flecha con alguna violencia y di»rigirla medianamente.— Bien: ¿y te atre»verás á hacer una buena puntería de aquí »á la muralla?— Sí, interrumpió viva»mente Hernando: ¿serías hombre de qui»tar de enmedio á aquel maldito centine»la?— Si vueseñorías me lo permiten, »respondió el criado lleno de humildad, »probaré, y espero que con la ayuda de »Dios podré darles gusto." Y diciendo y haciendo se colocó entre dos árboles, desde donde distinguia perfectamente al cen-

tinela; tendió su arco, y se disponia ya para apuntar cuando D. Gomez, asiéndole del brazo, le dijo: «¿Y si yerras el tiro, Mi»llan?— Si lo yerra, dijo con impacien»cia Hernando, si lo yerra acertará otro. »—Y el soldado, repuso el Conde, lo a»guardará pacientemente sin dar la alarma. »—Teneis razon, teneis razon; pero si »una flecha no nos quita ese estorbo, no »sé como lo hemos de hacer."

Millan bajó el arco, el Conde quedó suspenso, Hernando petrificado, y en tanto el tiempo volaba.

Mas de una hora duró esta suspension, hasta que por fin, convencido D. Gomez de que si como lo decia su amigo una flecha no quitaba al centinela la posibilidad de estorbarles, les sería imposible entrar en el Castillo; mandó sacar las escalas que á prevencion traia, y dirigiéndose á Millan, pronunció con visible alteracion estas palabras:

"Apunta, Millan, dispara, y Dios dirija »tu mano" y diciendo así cayó de rodillas y púsose á orar fervorosamente, en tanto que el criado, deseoso de servir á su amo y acreditar al mismo tiempo su destreza, dirigia sin el menor vislumbre de inquietud la puntería al malhadado centinela, quien de propósito parecia haberse parado debajo de la ventana de Doña Urraca.

La naturaleza, mas poderosa que las penas, habia por fin proporcionado á la Reina de Castilla el sueño, único y verdadero alivio de los miserables cautivos. Representábanse en su imaginacion los venturosos tiempos de su union con el Conde de Galicia; creía verse aun en medio de sus vasallos, acatada de todos, dispensando mercedes, imponiendo castigos: mas por una de aquellas singularidades que casi siempre tienen los sueños, el Conde de Candespina se mezclaba con aquellos sucesos, en los cuales ninguna parte habia

tenido. Era pues entonces tan feliz en el mezquino lecho de su encierro, como hubiera podido serlo en el mas mullido de su alcázar de Burgos ó de Leon, cuando el sordo ruido que hicieron al pie de su ventana las armas del centinela, á quien Millan acertó á traspasar la garganta, la despertó repentinamente.

«¡Leonor!... Leonor.... despierta.... »vamos, despierta; tu Reina te lo manda," dijo llamando á su camarera, que dormia profundamente, hasta que por fin logró despertarla no sin trabajo.

«Vamos, ves á mirar lo que ha sucedido »en la muralla; me parece haber oido co»mo daba un gran golpe un hombre arma»do.— Ya voy, Señora; será algun soldado »que habrá tropezado en alguna piedra" dijo Leonor, pensando entre sí que no debia tener gran necesidad de su persona la Reina para llegarse á la ventana y satisfacer por sí misma su curiosidad. Obedeció

sin embargo con cuanta presteza se lo permitieron sus miembros, aun entorpecidos con el sueño, y llegóse á la ventana; mas hubo de estar un momento para acabar de abrir los ojos, y al cabo nada vió, nada oyó, y así se lo dijo á la Reina. No podia ésta persuadirse de que su camarera dijese lo cierto, porque estaba segura de haber oido caer á un hombre armado, y así diciendo á Leonor que procurase otra vez abrir mas los ojos para obedecer sus órdenes, se levantó ella misma; y llegada á la reja, por mas que examinó cuidadosamente cuanto su vista alcanzaba á distinguir, tampoco descubrió nada.

«Parece imposible, esclamó: imposible »porque no me cabe duda de que lo he oi»do.— Ya he observado á V. A., dijo Leo»nor con cierto aire de triunfo, que podria »ser el centinela que hubiese tropezado. »—Y yo he observado que hasta aquí nadie »se ha atrevido á dirigirme la palabra sin

»que yo se lo mande" respondió la Reina. Quedóse Leonor muda con tan inesperada reprension, y guardó silencio en tanto que la Reina, entre despechada y colérica, volvió á su lecho.

Apenas vió Hernando caer en el suelo al centinela, cuando lleno de alborozo, esclamó abrazando á Millan. «Bien: te has »portado como un hombre, y yo te ofrezco »una cadena de oro que pese tanto como »tu arco en premio de este tiro que es el »mas acertado que en mi vida he visto."

«Loado sea Dios, dijo levantándose »Don Gomez· amigos mios, de su vo»luntad y vuestro valor depende ahora el »resto."

Salieron con esto del bosque, pero temiendo el Conde que los que dormian en el cuarto bajo, á cuya ventana habia caido el centinela, despertándose con el ruido se asomasen, y viéndolos escalar la muralla dieran la alarma, se apartó á un lado,

y en menos de dos minutos ya estaban todos dentro de la fortaleza.

Por esta razon no vieron la Reina ni su camarera á ninguno de ellos, y solo á pocos momentos oyeron el ruido de sus pasos al tiempo que pasaban por debajo de la reja.

«Bien muerto está, dijo uno de los sol»dados mirando el cadáver del centinela. »Dios me libre de ser el blanco de Mi»llan.— Y á mí, contestó otro. Si tuviera »el Conde unos cuantos ballesteros como »él, ya podian sus enemigos echarse en »remojo.— Calla, no nos oigan y lo eche»mos todo á perder."

Las dos prisioneras habian vuelto á ocupar su puesto en la reja, y pudieron oir á su salvo el corto diálogo que acabamos de referir, el cual, lejos de satisfacer la curiosidad de la Reina, no hizo mas que irritarla. Leonor, por el contrario, al oir la palabra Conde, concibió esperanzas de que fuese el de Candespina; y de buena

gana hubiera dado á su Señora cuenta de las conjeturas que formaba; pero la prohibicion que poco antes la habia hecho ésta de dirigirle la palabra sin su espreso mandato la obligó á guardar silencio.

Doña Urraca por su parte no tardó en conocer que en los estrechos límites de una prision no era posible observar estrictamente las leyes de la etiqueta como en un alcázar, y así aunque no dejase de repugnarla algun tanto ser la que empezára, por decirlo así, su reconciliacion con Leonor, rompió el silencio diciendo de esta manera.

«Nada dices, Leonor, del singular diá»logo que acabamos de oír.—Señora, con»testó ésta, V. A. me ha....—Ahora te »mando que hables.— Entonces, Señora, »me parece que podré dar á V. A. algu»nas luces sobre este asunto.— ¿De véras, »Leonor? Vamos, dí.—Señora, tengo que »suplicar primero á V. A. se sirva perdo-

»narme.— Sí, muger, sí; estás ya per-
»donada, ¡quién piensa en eso? pero dí:
»—Es que no se trata de lo que V. A. ima-
»gina, sino de una libertad que me he to-
»mado en su nombre....— ¿En mi nom-
»bre? ¿Y quién te ha dado osadía para
»tanto?— Permítame V. A. que me es-
»plique. He dicho mal diciendo que habia
»tomado su nombre, no Señora, yo he
»obrado en el mio, pero he querido decir
»que lo que yo he hecho solo ha sido por
»interés de mi Reina.— Pero acabemos;
»¿qué es lo que has hecho?— Si V. A. me
»deja hablar yo se lo diré en pocas pala-
»bras.— Y bien, Leonor, una hora hace
»que te estoy mandando esplicarte y nun-
»ca acabas de hacerlo."

Aquí la camarera refirió su mensaje á D. Gomez, y la conjetura de que fuese el de Candespina el Conde de quien hablaban los dos soldados, cuya conversacion habian oido.

No sabemos cuál hubiera sido la contestacion de la Reina, ni qué reflexiones hizo durante la breve narracion de Leonor, porque la crónica dice, que precisamente en el punto en que esta se acabó, resonaron las bóvedas del Castillo con el ruido de las armas, los alaridos de los moribundos, y los gritos de *Candespina* y *Castilla* por una parte, *Alfonso* y *Aragon* por otra.

*

CAPITULO III.

Tranquilamente dormia Iñigo Latorre, alcaide del castillo de Castelar, confiado, como hemos dicho en el capítulo primero, tanto en la posicion de su fortaleza, cuanto en la paz de que el Aragon disfrutaba en aquella época; cuando le despertaron el estruendo y voces de los combatientes: levantóse sobresaltado, tomó la espada, y apenas vestido, sin mas armas defensivas que su casco y escudo, salió de su aposento y se dirigió, aunque con cautela, al paraje en que parecia estar lo mas recio de la pelea.

D. Gomez y los suyos, dando la vuelta á la muralla, encontraron con el cuerpo de guardia colocado en la torre que formaba el ángulo del Castillo opuesto al que ocupaba la Reina. El centinela que estaba á

corta distancia dió el quien vive; pero por pronto que quiso hacerlo, no fue bastante para impedir que Hernando le contestára con tan buena estocada que dió con él en el suelo. No murió sin embargo en el momento; y cumpliendo como buen soldado «alarma, gritó: alarma compañeros: los »enemigos están en el Castillo." No dijo mas, pues colérico uno de los soldados de D. Gomez le acabó de matar metiéndole la pica por la boca.

«Desdichado, dijo D. Gomez: has muer»to cumpliendo con tu obligacion; Dios te »perdone la mala obra que nos has hecho. »—Que no es poca, añadió Hernando, por»que ó yo me engaño ó en la torre suena rui»do de armas." Y en efecto tenia razon, porque alarmados los aragoneses con la voz de su compañero se atropellaban unos á otros para tomar, cual la espada, cual la adarga; y á no ser la confusion inevitable en aquel momento de sorpresa no hubieran

entrado el Conde y los suyos en la torre; pues ya uno, mas prudente que los otros, corria á cerrar la robusta y herrada puerta.

«¡Candespina y Castilla! ¡Santiago sea »con nosotros! á ellos, caballeros, vencer »ó morir." Dijo así el de Candespina, y dando el ejemplo al mismo tiempo que la órden, entró por la puerta y cerró tan furiosamente con los contrarios, que por do quier seguian la muerte y el espanto sus pasos. A su lado iba el denodado Hernando, tan valiente, tan furioso como su amigo, no parando mas golpes que los que á este se dirigian, y despreciando los que llovian sobre él mismo.

La guarnicion de Castelar en aquellos tiempos pacíficos, no escedia de cincuenta hombres de armas, que por fortuna para los castellanos estaban todos reunidos en la torre atacada, pues mal les aviniera si estando divididos hubieran podido combatirles por retaguardia al mismo tiempo que

de frente. Ademas, los compañeros del Conde venian armados de punta en blanco y dispuestos á la pelea; al paso que los aragoneses, soñolientos y medio desnudos, necesitaban casi un valor heróico para oponer la menor resistencia.

No menos sorprendido que los demas Iñigo Latorre, azorado, desnuda la espada en la mano derecha, y una lámpara encendida en la izquierda, y semejante mas bien á una fantasma que á un guerrero, bajaba lentamente la escalera deteniendo el aliento y aplicando el oido á cada paso, hasta que por fin las palabras *Candespina* y *Castilla*, le hicieron conocer que eran castellanos los que habian sorprendido la fortaleza. Marchar á ellos inmediatamente, y mezclarse entre los demas combatientes fue el primer impulso del valiente alcaide; pero reflexionando despues en que la falta de armas defensivas le esponia á caer á los primeros golpes, y que por otra

parte mas necesaria era su cabeza que su brazo, volvió á subir apresuradamente á su aposento, en el que ya habian entrado á buscarle algunos soldados.

En tanto que estos le ayudaban á armarse de pies á cabeza, seguia encarnizadamente el combate en el piso bajo de la torre: los aragoneses defendian el terreno palmo á palmo; pero no permitiéndoles la estrechez de éste aprovecharse de la superioridad que en número tenian sobre los castellanos, les hacian estos sentir la ventaja inmensa que les llevaban en armadura y concierto.

La pérdida de los del Castillo era ya de mas de diez hombres entre muertos y heridos, cuando sus enemigos solo habian perdido uno; pero para estos toda pérdida era de suma importancia en razon de su corto número.

Dejémos por un momento á estos encarnizados guerreros combatir desespera-

damente, para hablar de nuestras dos prisioneras, cuya posicion era harto desagradable.

«¿Lo oye V. A., Señora? *Candespina* »y *Castilla* dicen: esclamó Leonor, apenas »llegó á sus oidos el rumor del combate. »—Tambien oigo, contestó la Reina, las vo»ces de *Alfonso* y *Aragon*.—El Conde ven»cerá sin duda.—¿Qué seguridad tienes de »ello?—Señora....—¡Ah, Leonor! ¡Ojalá »tú celo no me sea funesto!—¿Y por qué »lo ha de ser? ¿V. A. qué culpa tiene de lo »que yo he hecho sin su conocimiento? »—Cierto que no tengo ninguna: pero si »el Conde sucumbe, ¿qué dirán las gentes »de mí? acaso se atreverán á sospechar.... »—Que el Conde idolatra á su Reina, y no »será mas que lo cierto.—Cada vez es »mayor el tumulto, Leonor, y sin embargo »á nadie veo.—Sin duda será el combate »en la torre que cae sobre el rio, que es la »que ocupa el alcaide con sus soldados;

»al menos de hácia allí parece venir el eco: »Si el Conde supiera en qué parage se »halla V. A. hubiera ya venido á ponerla »en libertad.—Dios haga que no sea ven»cido, pues de lo contrario su temeraria »tentativa no produciria otro efecto que el »de empeorar mi situacion.—V. A. se »complace en verlo todo de la manera mas »triste que es posible imaginar. Don Go»mez es un guerrero que tiene fama de tan »prudente como esforzado, y no es de pre»sumir que se haya metido en el Castillo »sin....—¿Oyes, Leonor? ¡Qué tristes ge»midos! ¿oyes el sonido de las espadas?.... »¡Qué horror!.... ¿Qué será de nosotras? »¡Dios eterno!...." Y cayó desmayada.

Leonor empleó cuantos medios estuvieron á su alcance para hacer volver en sí á su Señora, é inspirarla un valor que, si hemos de decir verdad, no tenia ya ella misma.

En general, por mas osada que una mu-

ger sea en sus proyectos, por mas que tenga costumbre de presenciar grandes acontecimientos y de figurar en ellos, llegado el caso de un combate, sus fuerzas la abandonan. Su horrorosa carnicería repugna á este sexo débil, destinado á domar con su dulzura las feroces pasiones del hombre; ha habido algunas escepciones, es cierto, á esta regla general; pero confesémos imparcialmente que son tan pocas que apenas merecen mencionarse.

No es pues de estrañar que Doña Urraca, á pesar de su carácter ambicioso, flaqueára en aquella ocasion, y que costase infinito trabajo á su camarera disimular el espanto de que estaba poseida. Empero como á nuestra impaciencia no le es dado precipitar los acontecimientos á medida del deseo, le fue preciso á la Reina esperar y temer, y á su camarera disimular y dar consuelos, hasta que llegó el momento que estaba señalado para terminar sus inquietudes.

Mas de un cuarto de hora habia transcurrido desde la entrada de los castellanos en Castelar; y otro tanto tiempo hacia que duraba el combate, cuando lograron estos desalojar á los enemigos del piso bajo, y persiguiéndolos llegaron al principal, donde estaba la sala de armas y el aposento de Iñigo Latorre. Acababa éste de armarse y de llegar al salon cuando entraron precipitadamente los suyos, y á dicha tuvieron el tiempo necesario para cerrar detrás de sí la puerta, tan fuerte como todas las que en aquel tiempo se usaban en semejantes edificios.

«¡Voto al Santo de mi nombre! dijo fu»rioso Hernando, que llegó precisamente »en el momento en que acababan los ara»goneses de cerrar. Estas malditas escale»ras me han detenido, y como esos per»ros van desnudos las han subido en un »vuelo.—No perdamos tiempo, le con»testó el Conde que llegó en seguida, no

»perdamos tiempo en inútiles esclamacio-
»nes; lo que importa es derribar la puerta.
»—Un hacha de armas, esclamó Hernando:
»pronto un hacha.—Es inútil, le replicó el
»de Candespina, nada conseguiréis; ó cuan-
»do menos se tardará mas tiempo del que es
»menester. Traed una tea encendida, sol-
»dados, y prended fuego á la puerta.—Sí,
»prenderla fuego, no les estará mal á esos
»testarudos morir como judíos, porque....
»—No permita Dios que yo cometa tal bar-
»barie; no, Hernando, son cristianos co-
»mo nosotros. Lo que yo quiero es quitar
»esta barrera de por medio y poder com-
»batirlos como conviene á caballeros; pues
»en cuanto á la torre es de fábrica y no
»puede incendiarse.—Sea así; pero des-
»pachad, venga acá esa tea. Parece que en
»la vida habeis puesto fuego á una puerta."
Y el impaciente Hernando se puso á tra-
bajar como un simple soldado.

Entretanto el Conde, que nada olvidaba,

bajó al cuerpo de guardia, en el cual habia dejado á cargo de Millan y otro soldado los prisioneros que se habian hecho en el primer combate, que eran en bastante número.

Imaginando el alcaide que sus enemigos, siguiendo la rutina de aquel tiempo, emplearían inmediatamente el hacha ó las palancas para derribar la puerta, mandó correr sus gruesos cerrojos y arrimar á ella una pesada y tosca mesa de madera de nogal que habia enmedio de la sala. En seguida hizo armar lo mas completamente que le fue posible á sus medio desnudos soldados, y poniéndolos en buen órden esperó sosegadamente el éxito de aquel trance.

Habia bajado el Conde á examinar á los prisioneros no por simple curiosidad, sino con el objeto de obtener de ellos varias noticias que podian serle útiles; y en particular por saber en qué parage se ha-

llaba la Reina. Algunos de aquellos desgraciados conservaban bastante serenidad para negar á su enemigo todo género de esplicaciones; pero la mayor parte se manifestaron prontos á complacerle. Supo pues el Conde cual era la torre que encerraba á la Reina, y que las fuerzas de que el alcaide podia disponer en la sala de armas no pasaban de veinte hombres, deducidas las pérdidas que hasta entonces habia tenido. Bien hubiera querido Don Gomez ir en derechura á echarse á los pies de la Reina y ponerla en libertad; pero le pareció que no podia dejar el combate, y que presentarse como vencedor le sería mas honroso.

Cuando volvió á subir ya ardía la puerta de la sala de armas, y consternados los aragoneses, que en el calor del combate no habian podido calcular exactamente el número de sus contrarios, dándose por perdidos, pidieron á su alcaide que entrase

en capitulaciones. Negóse éste abiertamente á semejante proposicion, y recordando á los soldados sus juramentos y las leyes del honor, les mandó que se dispusiesen á pelear hasta el último trance, logrando en efecto reanimarlos algun tanto. Estaba sin embargo resuelto por la Divina Providencia que á pesar de sus buenos deseos habia de morir sin dar una sola cuchillada á los agresores.

El Conde tenia razon en no temer que la torre se incendiase porque era de fábrica; mas no habia calculado que estando cubierto de tablas el piso de la sala precisamente se habian de sofocar cuantos estuvieran dentro de ella. Y en efecto, aun no habia acabado el infeliz Iñigo su exhortacion, cuando incendiándose las tablas del piso con estraordinaria celeridad, á causa de estar muy secas, se llenó enteramente de humo el aposento. Los desgraciados aragoneses viéndose arder empezaron á

clamar: «¡Piedad! ¡Piedad!" Los castellanos mismos tuvieron que apartarse, y Hernando gritó, de órden de su amigo, que sería salvo todo el que saliese de la sala. Algunos de los que estaban inmediatos á la puerta lograron escapar; pero la mayor parte atolondrados con el mismo temor perecieron allí miserablemente, y entre ellos el alcaide, sea porque no pudo, sea porque no quiso, ni aun en aquella estremidad, entregarse á sus enemigos.

Cuando el éxito de un combate es tan cruel para los vencidos, no pueden los vencedores mismos, á menos que sean mónstruos mas dignos del nombre de fieras que de el de soldados, regocijarse de su victoria; y así es que no podrémos decir quiénes quedaron mas aterrados y confusos: si los pocos aragoneses que sobrevivieron á este desastre ó Don Gomez y los suyos.

El incendio absorvió la atencion gene-

ral: cesaron los gritos; trájose agua de un pozo que indicaron los prisioneros, á quienes se hizo acarrearla con las correspondientes precauciones: y por fin, consumidas la mayor parte de las tablas y apagadas las demas, como tambien los pocos muebles que habia en la sala, se logró terminar aquella horrorosa escena. No llegó á una hora lo que duró el incendio, mas fue lo bastante para que ni uno de los desdichados á quienes alcanzó quedase con vida. El cadáver de Iñigo Latorre se encontró entero, porque la armadura le habia preservado de la accion de las llamas, y á pesar de que su rostro estaba enteramente negro, aun se descubrian en sus facciones señales del entusiasmo guerrero que le animaba pocos momentos antes de su muerte. Miróle el Conde compasivamente, y mandó que se recogiera y llevase á su propio aposento, al cual pasó en persona con la esperanza, que se verificó en

efecto, de encontrar en él las llaves de todo el Castillo.

Seguidamente, sin mas compañía que la de Millan, y dejando á cargo de Hernando tomar las disposiciones necesarias para su seguridad y pronta marcha, fue Don Gomez á la torre, prision de la Reina. Acostumbrado desde su mas tierna infancia á los horrores de la guerra no habia el Conde sentido la menor inquietud durante el combate; pero presentarse á la que un tiempo miró como destinada á ser su esposa, y en aquella ocasion tenia que acatar por Señora, y respetar como á muger de otro, era para él un paso tan delicado como temible. Su corazon latía con violencia, mientras Millan probó sucesivamente las llaves en la cerradura de la puerta esterior de la torre hasta encontrar con la propia; entró temblando, y es indecible su turbacion cuando al llegar al primer piso mandó á su criado que abriese.

Si fue grande la inquietud de la Reina mientras resonaron en sus oidos los furiosos gritos de los combatientes, mayores fueron sus angustias cuando el incendio de la sala de armas hizo que á aquel estrépito sucediese un silencio horroroso. «¿Cuál será el vencedor?" He aquí la cuestion importante que ocupaba á las dos prisioneras, sin que ni una ni otra se atreviesen á proferir una sola palabra. En esta amarga situacion pasaron la Reina y su dama mas de una hora, hasta que oyeron sonar primero los cerrojos de la puerta esterior, subir despues la escalera precipitadamente, y ensayar por último varias llaves en la cerradura de la puerta de su propia estancia. Si Doña Urraca y Leonor hubieran estado entonces libres del pánico terror, que ni discurrir las dejaba, desde luego la circunstancia de no abrir inmediatatamente les hubiera hecho ver que la visita que iban á recibir no era la del alcaide ó cual-

quiera de sus subalternos, pues estos no podian menos de conocer las llaves de todas las estancias; pero el temor no les permitió hacer tan sencilla reflexion. Sobrecogidas pues, y olvidando la diferencia de clases, se metieron abrazadas en el rincon mas apartado de su aposento.

Ya en esto habia Millan abierto la puerta y entrado el Conde alzada la visera del casco, con ademan sumiso, y rostro mas sonrojado de lo que hubiera podido esperarse de su edad y profesion.

«¿Perdonará S. A.? dijo hincando una »rodilla en el suelo. — ¿Sois vos, Conde? »esclamaron á un tiempo Reina y camare»ra.--Sí Señora, contestó el Conde, yo soy, »que me he atrevido á entrar en la estancia »de V. A. sin su permiso....—¿Y qué? ¿Es»toy libre?—V. A. puede partir cuando gus»te.—Ahora mismo; pero alzad, Conde: la »Reina de Castilla no olvidará nunca lo que »os debe. — A mí, Señora, nada me debe:

»soy su vasallo, y he cumplido con mi o-
»bligacion sirviéndola. — No esperaba yo
»menos de vuestra nobleza. Mas, ocasio-
»nes habrá de manifestaros mi agradeci-
»miento, y si Dios fuere servido, como
»lo espero, de llevarme con bien á mis
»Reinos, no se tardará el dia en que lo
»veais. — Señora, si alguna cosa he hecho
»que merezca recompensa, suficiente la ten-
»dré en besar los pies á V. A. — Tomad
»la mano, Conde: y ojalá no la hubiese yo
»nunca dado.... Detúvose aquí, y el Conde
»besó respetuosamente aquella mano, ob-
»jeto de todos sus deseos. ¿Podemos par-
»tir, Conde? continuó la Reina. — Seño-
»ra, dijo éste, déme V. A. permiso pa-
»ra bajar un instante y podré responder-
»la. — ¿Y en tanto nos hemos de quedar
»otra vez solas? replicó Doña Urraca; y
»luego, avergonzada de haberse demostra-
»do tan débil, añadió: Leonor es una me-
»drosa que se morirá si se ve sin mas com-

»pañía que yo. — ¡Ah, Señora! ¿Y no va-
»le esa mas que la de un ejército? Pero es
»indispensable que yo baje: Si V. A. quie-
»re conceder á este soldado la honra de
»que se quede en guarda suya.... — Con-
»siento: y de hoy mas será de mi servi-
»dumbre. — Millan besa los pies de S. A.
» — Ahora idos buen Conde, idos y apresu-
»rad nuestra marcha que en vos pongo mi
»esperanza. — Ponedla en Dios, Señora; él
»solo ha vencido á los aragoneses; él ha
»vuelto por vuestra causa." Y diciendo así,
saludó respetuosamente á su Soberana y
salió del aposento lleno de júbilo.

CAPITULO IV.

En tanto que el Conde conferenciaba con la Reina, Hernando que se ocupaba en registrar la fortaleza, halló la litera en que Doña Urraca habia venido á ella, y mandó disponerla para que hiciese su viaje á Castilla con mas comodidad que á caballo, que era lo que se tenia pensado, y tambien se aprovechó de los caballos de la guarnicion para montar á los ocho hombres que salieron con bien del combate, pues los suyos estaban harto cansados con la penosa marcha que acababan de hacer para emprender con ellos inmediatamente otra no ménos rápida.

Tomadas estas disposiciones, hizo el Conde prestar juramento sobre los Santos Evangelios á los aragoneses, de que en ocho dias contados desde aquel en que lo

prestaban, no saldrían de su Castillo, ni darian aviso á nadie de lo sucedido, por medio alguno directo ni indirecto; precaucion que le pareció necesaria y bastante para asegurar su retirada, pues en aquellos tiempos de ignorancia, dicho sea en mengua de nuestro siglo, cuando un hombre, y sobre todo un soldado, hacia un juramento, antes hubiera perdido mil vidas que faltado á él.

En efecto, los aragoneses cumplieron exactamente lo prometido, y la marcha de la Reina á sus estados no sufrió el menor obstáculo.

Cuando Don Gomez se decidió á marchar de Candespina, solo escuchó la voz de su pasion, y atendiendo demasiado á ella, olvidó lo que la prudencia, la política y la razon exigían, que era asegurarse en Castilla de un partido bastante respetable para defender á la Reina del poder de su esposo, de quien sin duda no

debia esperarse mirase con indiferencia aquella fuga; pero luego que conseguido su objeto empezó á restablecerse la tranquilidad en su agitado espíritu, todas las dificultades se presentaron de golpe.

El segundo dia de su viaje, caminando el Conde y Hernando un poco detrás de la litera de la Reina, iba aquel tan pensativo, que á pesar de la poca penetracion de que su amigo se hallaba dotado, no pudo menos de observarlo, y admirado de verlo así, cuando solo estaban á media legua de la frontera de Aragon, le dijo: «¿Qué »teneis, cuerpo de Cristo? nunca os he vis»to tan pensativo.— Paréceos por ventura, »que me faltan motivos para estarlo, con»testó el Conde.—Al menos no los alcan»zo. Ya poco tenemos que temer de los »aragoneses. — Los castellanos son los »que yo temo. — ¿Los castellanos? ¿Y »por qué? — ¿Sabeis, Hernando, vos con »cuántos nobles podrémos contar? ¿Creéis

»que habrá muchos que quieran incurrir »en el terrible enojo de Alfonso de Ara»gon?— ¡En el terrible enojo del de Ara»gon! Terrible para los cobardes.— Y pa»ra los prudentes, Hernando. La pasion no »debe cegarnos. El poder de Alfonso es »formidable, y si toda la nobleza, si todo »el clero de Castilla no nos presta su apo»yo, apenas podrémos resistir algunos ins»tantes á la tempestad que vá á caer sobre »nosotros.— No sé por qué no se unirán á »nosotros prelados y grandes. La Reina.... »—Está con nosotros, es cierto, pero vie»ne fugitiva—De su tirano, como ella dice. »—Sí, su tirano; pero tambien es su mari»do. Hernando, el negocio no está tan lla»no como á vos os parece. — ¿Y qué he»mos de hacer, Conde? — Reparar en lo »posible el tiempo perdido. Y si la fatiga, »Hernando.... — La fatiga no me asusta. »Mandad y seréis obedecido.— ¡Escelen»te, Hernando! ¡Cuánto os debo!— Nada.

»Decid presto qué es lo que he de hacer.
»—Vos conoceis á Diego Lopez, señor de
»Nájara.— Sin duda que le conozco, y es
»de mis amigos; buen soldado....— Y tan
»mal cortesano como vos; mas esto no es
»ahora del caso; lo que importa es que sirva
»á la Reina.— Y lo hará. Mejor vasallo no
»le tiene Castilla. — Así lo creo. Alfonso
»le quitó por esa misma razon las fortalezas
»que tenia á su cargo; mas no se atrevió á
»despojarle de sus estados. — Ni pudiera
»aunque lo intentára. El Conde tiene bue-
»nos puños y muchos servidores que hu-
»bieran dado que hacer á los señores ara-
»goneses. — Norabuena, Hernando. Yo
»sé que D. Diego Lopez, temeroso siem-
»pre de la mala voluntad de Alfonso, no
»se aparta nunca de Nájara.— Decid mas:
»nunca le faltan doscientos caballos y al-
»gunos peones de que disponer. — Tanto
»mejor. Hernando, ya lo veis; veinte le-
»guas hemos andado en estos dos dias, y

»la Reina, á pesar de ir en litera, empieza »á resentirse de tan acelerada manera de »caminar. Habrémos pues de acortar las »jornadas en lo sucesivo. S. A desea darse »á conocer en llegando á sus estados.... »—Es una temeridad.— Tal vez, y yo así »se lo he hecho presente. Pero su voluntad... »—No debe seguirse cuando es descabella- »da.— Sea como quiera, Hernando, su »voluntad es nuestra ley. Vasallo celoso, »pero sumiso, aconsejaré á S. A. cuando »lo crea necesario para bien suyo; mas »siempre obedeceré sin replicar sus órde- »nes. Mas volvamos á nuestro asunto: ca- »minando poco Doña Urraca, y dándose »á conocer desde luego, es muy de temer »que alguno de los muchos alcaides arago- »neses que tiene esta frontera....— Os en- »tiendo, proseguid.— Para evitar pues un »lance que malogre el fruto de nuestra em- »presa, es preciso que vos marcheis con »toda diligencia á Nájara; que os presen-

»téis á Lopez y le digais en qué situacion »nos hallamos.— Eso bastará; conozco al »señor de Nájara; ¿pero ahora mismo? »—No, Hernando, aun estamos en Ara»gon, y no sois hombre vos á quien yo se»pare de mi lado en ocasiones de peligro; á »mas, una carta de S. A. para D. Diego se»ría muy del caso. Lo dicho: esta noche »os separaréis de mí.— Hágase como dis»pongais.—"

Durante esta conversacion iban juntas en la litera Doña Urraca y su dama Doña Leonor, mas gozosas de verse fuera del Castelar, que apesadumbradas con lo largo de las jornadas, y el melancólico aspecto del terreno porque caminaban.

Doña Leonor poseía toda la astucia y flexibilidad de carácter naturales en una muger educada en la corte, y ademas habia llegado á conocer á su Señora bastante bien, para no sufrir muy á menudo las tempestades que la versatilidad de ésta produ-

cia con frecuencia. Reinaba pues la mas completa armonía entre ambas; y Doña Urraca se complacia en manifestar á su camarera los proyectos que para lo futuro iba haciendo. Encerrada en la prision de Castelar la Reina de Castilla, hacia sanas y acertadas reflexiones sobre su posicion relativamente á los grandes de su reino, y conocia cuán poco podia esperar de ellos; pero la manera casi milagrosa con que obtuvo su libertad, el entusiasmo del Conde y la fidelidad de su reducido escuadron, desvanecieron enteramente sus temores. Olvidando que su altanería la habia acarreado casi desde la infancia la enemistad de los nobles y prelados; olvidando que por no verse sujetos á ella sola habian querido casarla hasta con uno de sus iguales y tener á éste por Rey: Doña Urraca, seducida por su amor propio, creyó encontrar todos los corazones dispuestos á recibirla, todos los brazos prontos á combatir en su

defensa. Los derechos heredados de su padre, el glorioso nombre de éste, y sobre todo sus gracias personales, eran otros tantos motivos de confianza y seguridad para la incauta Reina, y no veía, ni sus defectos, ni el poder de su marido, ni la fuerza de sus parciales.

Todas estas causas debilitaban de hora en hora la admiracion y la gratitud, que la heróica resolucion de D. Gomez la habian inspirado en el primer momento: desaparecieron sucesivamente de su imaginacion el héroe y el libertador, no quedando por último en ella el Conde de Candespina mas que como un vasallo fiel, enamorado, valiente y acreedor á sus bondades. Por no ser prolijos omitirémos los diálogos de entrambas viajeras, y las conversaciones que mediaron con el Conde, quien solia acercarse á menudo á la litera para informarse de si S. A. iba con la comodidad posible, de si deseaba alguna co-

sa, pedirla su vénia para hacer alto, &c. &c. De este modo llegaron al último pueblo de Aragon, y así por esto como por su pequeñez y poca importancia, le pareció á D. Gomez que podria alojarse en él la Reina, esperando encontrar algunas mas comodidades. Escogióse la casa del pueblo que menos mala pareció, y sin usar de otra ceremonia, D. Gomez mandó á su dueño que recibiese en ella á la Reina, aunque sin decirle que tal era su alta dignidad. Acostumbrados entonces los plebeyos á someterse de grado ó por fuerza á la voluntad de los nobles, que les comunicaban sus órdenes con la punta de la lanza, no estrañaban ninguna de las exacciones de éstos, y por lo mismo el villano aragonés no manifestó la menor repugnancia en conceder la hospitalidad que con tanta cortesía se le pidió. Introdujo pues á sus huéspedes en una que el llamó sala, en la cual no se veían mas muebles que una

tosca mesa de pino, algunos escaños ó bancos de la misma madera, y un espacioso sillon con asiento de cuero, que daba indicios de ser el mas antiguo y respetable de todos los enseres allí existentes. La misma sala tenia una alcoba con su cama correspondiente al resto del ajuar, la cual se destinó para Doña Urraca.

Al entrar ésta en aquella miserable choza, echó una mirada en derredor de sí, y espresó con un profundo suspiro cuánto echaba de menos el fausto de la corte: comprendiólo el Conde, mas no pudiendo remediar nada, juzgó que lo mas prudente era guardar silencio sobre aquel punto. Ocupado enteramente del proyecto relativo al mensaje de Hernando, apenas se sentó la Reina dobló ante ella la rodilla, pidió permiso para hacerla una súplica, y obtenido que lo hubo, manifestó en breves pero evidentes razones, cuán necesario era solicitar el auxilio del señor de Nájara.

«Nunca hubiera creido, contestó la Rei-
»na despues de haber escuchado con al-
»gunas muestras de impaciencia el discur-
»so del Conde; nunca hubiera creido que
»la Reina de Castilla tuviese que mendigar
»el auxilio de sus vasallos.— V. A., repli-
»có D. Gomez, no ha comprendido, sin
»duda por falta de esplicacion mia, lo que
»he querido decir: se trata, no de que V. A.
»mendigue el socorro de nadie, sino de
»que se digne participar su llegada á estos
»reinos al señor de Nájara: esta honra
»bastará para empeñar mas particularmen-
»te á este caballero en defensa de V. A.
»—¿Y por ventura, Conde, he yo meneste-
»ter tanto de su ayuda? ¿No me quedan
»mas vasallos tan nobles, tan podero-
»sos, tan esforzados como él en Castilla?
»—Nobles hay en ella, y muchos y muy po-
»derosos; pero, Señora, siento decirlo,
»acaso no todos....— Os entiendo: temeis
»que sean mas parciales del Rey de Ara-

»gon que de su natural Señora. Mientras »me han creido legítimamente unida á él; »mientras que he estado ausente, tal vez »D. Alfonso habrá podido contar con ellos; »pero en presentándome, creedlo, Conde, »no habrá uno que no siga mis banderas. »—Así debiera ser, y así lo deseo, mas no »puedo persuadírmelo. Por lo menos, crea »V. A. que no sería prudente presentarse »en Burgos sin mas escolta que la corta »con que hoy camina.—Sois estraño, Con»de; no os parece bastante para caminar »por mis estados la misma fuerza con que »emprendísteis sacarme del poder de mis »enemigos."

Doña Leonor, presente á esta conversacion, conocia la razon del Conde; mas veía al mismo tiempo que era inútil luchar contra la vanidad de su Señora, y que á menos de presentarla el negocio bajo un aspecto enteramente distinto, jamás consentiria en lo que sus propios intereses exigian.

Ocurriósele de pronto un feliz espediente, y arriesgándose á sufrir una áspera reprimenda se atrevió á mezclarse en la conversacion, diciendo á la Reina:

«Si V. A. me permitiera....— ¿Tambien »tú, Leonor, tienes desconfianza de la »fidelidad de mis vasallos?— No Señora, »contestó la diestra cortesana, lejos de eso »creo absolutamente infundados los temo»res del Conde.— ¡Doña Leonor! escla»mó éste algo mohino, de ver que la ca»marera se oponia tan espontáneamente »á su juicioso proyecto: ¿Doña Leonor, ha»beis meditado bien?...— Dejadla hablar, »replicó la Reina: continúa, Leonor, vea»mos si podrás tú convencer á este buen »caballero....— No me parece, dijo Leo»nor, ni aun necesario rebatir los temo»res que el escesivo celo del Conde de »Candespina le ha hecho concebir; per»dóneme su Señoría si me atrevo á de»cirle que va enteramente descaminado

»en lo que dice. No hay, ó yo me enga-
»ño mucho, un solo noble en Castilla que
»no esté dispuesto á sacrificarse en ob-
»sequio de las gracias de Doña Urraca....
»—De mis gracias no, porque no las ten-
»go; pero de mis derechos sí.— La mo-
»destia de V. A., continuó la dama, la
»hace hablar así; de todos modos V. A.
»no necesita para su seguridad de las tropas
»del señor de Nájara, y sin embargo yo
»no vacilaria en enviarlas á buscar."

No es fácil describir el asombro de la Reina y del Conde oyendo concluir de un modo tan singular el discurso de Doña Leonor; miróla aquella con enojo, y con admiracion éste; mas ella, que todo lo habia previsto, sin darles tiempo para volver en sí, continuó de esta manera.

«Dígnese V. A. escucharme un instante
»mas, y me comprenderá. Repito que los
»soldados del señor de Nájara no me pare-
»cen necesarios para seguridad; mas ¿díga-

»me V. A. si será decoroso para su alta dig-
»nidad entrar en Burgos en una misma lite-
»ra, con su única criada, sin mas servidum-
»bre, sin mas guarda que la de ocho ó nueve
»soldados, valientes sin duda, pero con
»las armas aun teñidas en sangre y cubiertas
»de polvo?— En verdad, Leonor, que tie-
»nes razon, y mandaré al señor de Nájara
»que venga á servirnos de guarda hasta
»nuestra capital de Castilla. Conde, escri-
»bid la carta, que yo la firmaré; pero cui-
»dad bien de que en ella se esprese que el
»motivo de nuestro mandato es el que ha
»dicho Leonor, y no en manera alguna
»que tengamos el menor recelo de la fideli-
»dad de nuestros vasallos."

Absorto y pensativo salió el Conde á ejecutar lo que se le mandaba, pudiendo apenas figurarse ser verdad el ingenioso artificio con que Doña Leonor habia logrado de la Reina, lisongeando su vanidad, lo que él con razones mas podero-

sas jamás hubiera conseguido. A estar menos preocupado en favor de la Reina, nada hubiera visto de estraño en ello; pero un amante ve pocas veces claro cuando se trata de su dama.

Doña Urraca por su parte cada vez se creía mas segura del amor de los castellanos, y miraba como ofensas cuantas prudentes precauciones querian sus partidarios tomar en favor suyo. Funesta preocupacion que atrajo sobre éstos y sobre ella misma no pocos sinsabores en lo sucesivo.

CAPITULO V.

Partió Hernando apresuradamente para Nájara con el mensaje de la Reina á Diego Lopez, y su diligencia fue tal, que dos dias despues llegaron ambos, al mismo tiempo que Doña Urraca, á un pueblo del camino, llamado Anguiano.

D. Diego Lopez obtuvo el honor de besar los pies á la Reina, quien no se descuidó en hacerle entender que habia reclamado su asistencia, no como necesaria, sino para dar mas aparato á la pública entrada que pensaba hacer en Burgos. El señor de Nájara se contentó con responder que de cualquier manera que fuese se creía muy honrado con que S. A. se dignára emplearle en su servicio, y lo que solo sentia, era que la premura del tiempo no le hubiese permitido reunir mas que los tres-

cientos caballos que con él traía, y cuatrocientos peones que no tardarian en llegar á las órdenes de uno de sus parientes. Mediaron algunos cumplimientos, y Doña Urraca terminó la conferencia, encargando al Conde y al señor de Nájara dieran las disposiciones convenientes para su entrada en Burgos, declarando al mismo tiempo, que estaba resuelta á cesar de ocultarse, queriendo que desde aquel mismo momento supiesen los pueblos por donde transitára que tenian el honor de albergar á su Soberana.

La espresion de la voluntad de Doña Urraca fue en esta ocasion tan firme y tan decidida, que hasta el mismo Hernando se convenció de que toda reflexion contraria á ella sería inútil; y así por mas que D. Gomez, el de Nájara y la misma Doña Leonor creyesen qué hubiera sido mas prudente no descubrirse hasta estar en Burgos, hubieron de ceder á la necesidad.

Los habitantes de Anguiano, poco enterados en los negocios políticos, y no conociendo de la Reina mas que su nombre y la fidelidad que la habian jurado, manifestaron sumo gozo en que honrase su pequeña aldea, y aun quisieron festejarla á su modo: pero Doña Urraca, sea que se convenciese de que era tan impolítico como arriesgado el detenerse, ó sea mas bien que el miserable y selvage aspecto de aquellos montañeses le fuese poco agradable, resolvió ponerse en marcha sin demora.

Aunque en realidad toda la tropa que escoltaba á la Reina dependia del señor de Nájara, por componerse de vasallos, criados, deudos y amigos suyos, sin embargo, D. Diego Lopez, que ya en la junta de Mazcaraque se habia declarado decididamente partidario del Conde de Candespina, indicó á éste que él y cuantos le seguian estaban prontos á obedecerle en todo. Agradeció el Conde con corteses ra-

zones la deferencia que se le demostraba, y aunque no quiso tomar ostensiblemente el mando, tanto por no herir el amor propio del señor de Nájara, cuanto porque no se le tachase de ambicioso, se reservó empero las facultades que creyó oportunas para el mejor servicio de la Reina. Hernando de Olea, á la cabeza de cien lanzas escogidas, salió con anticipacion á noticiar á los burgaleses la llegada de Doña Urraca, llevando órden de apoderarse de alguna de las puertas de la ciudad, y seguidamente del alcázar á nombre de S. A.; y al mismo tiempo se envió un mensajero á la infantería de Nájara, para que atravesando los montes por el camino mas corto marchase directamente á la capital de Castilla.

La Reina con los doscientos caballos restantes, mas los ocho del Conde, continuó su camino á jornadas cortas, recibiendo con afabilidad á los nobles de to-

dos los pueblos del tránsito, y esperando con ansia el momento de llegar á Burgos. D. Gomez la acompañaba siempre, y recibia de ella las mayores pruebas de estimacion. Enamorado mas que nunca, no se atrevia sin embargo á hablar una palabra de su amor, que hubiera mirado como un crímen, en razon de ser la Reina casada, si las desavenencias de ésta con su marido, y el parentesco de primos segundos que mediaba entre ambos consortes, no alentáran la esperanza de ver roto algun dia aquel lazo tan contrario á sus intereses.

Doña Urraca no podia ser indiferente al mérito incontestable de Don Gomez, aumentado á sus ojos con el servicio que acababa de hacerla; pero el amor que empezaba á apoderarse de su corazon no era ni fue nunca superior á la vanidad; de modo que si bien su conducta era tal que el Conde no tenia de que quejarse,

tampoco le permitía lisonjearse enteramente de ser amado.

Así que llegó Hernando de Olea á Burgos, se presentó á su alcaide Don Alvar Fañez, y le comunicó las órdenes de la Reina, para que se hiciese saber al ayuntamiento de aquella ciudad su próxima llegada. Es indecible la sorpresa del alcaide, mas afecto al partido aragonés que al castellano; hizo mil preguntas á Hernando, pero todas las respuestas de éste fueron tan concisas, que ninguna luz pudo sacar de ellas. Es posible que Don Alvar Fañez se hubiera opuesto á recibir á la Reina en Burgos, si hubiese estado en su mano obrar conforme á sus deseos; pero el Conde que habia previsto aquel caso, dió las instrucciones convenientes al de Olea para evitarlo; y así éste no abandonó ni un momento al alcaide desde su llegada á Burgos, y tuvo cuidado de insinuarle que si bien habia venido únicamente con cien

caballos, tardarían poquísimas horas en llegar fuerzas mas considerables.

Convocóse, pues, inmediatamente á los individuos de ayuntamiento, á lo principal de la nobleza, y á los gobernadores del obispado, con las dignidades eclesiásticas de mas nota, para las casas capitulares, y reunidos todos en ellas, les hizo el alcaide saber la órden que acababa de recibir. Hernando añadió, que S. A. se habia resuelto á ir á visitar sus estados sin avisar de antemano, por razones que se reservaba esplicar ella misma á su debido tiempo, y que de todos modos creía que una sola palabra dicha á nombre suyo, bastaría para que sus amados burgaleses se dispusieran á hacerla el correspondiente recibimiento. «Para concluir, señores, »dijo por último: es la voluntad de la Rei»na que desde este momento se me ponga »en posesion del alcázar de esta ciudad, y »se me confie la guarda de una de sus puer-

»tas. He aquí las cartas de S. A., en con-»firmacion de lo que acabo de deciros" y en efecto las presentó. Lo natural era haber empezado haciéndolo; pero Hernando, poco enterado en semejantes fórmulas, cuidó mas de hacer entender á aquella junta lo que de ella queria, que de otra cosa.

A todo esto, los soldados de Nájara rodeaban el lugar de la sesion, y tanto los regidores como los nobles y clérigos, ademas de que no tenian un motivo racional para oponerse á recibir á su legítima Soberana, aunque viniese como á sorprenderlos: conocieron que no estaban en situacion de hacer otra cosa mas que suscribir á cuanto de ellos se exigiese.

Accedieron, pues, sin repugnancia (al menos manifiesta) á lo que se les mandaba en nombre de Doña Urraca, y Hernando, satisfecho del buen éxito de su comision, pasó á alojar el grueso de su tropa

en el alcázar, enviando un pequeño destacamento á la puerta de la ciudad, que él mismo designó. A las ocho de la mañana llegó el de Olea á Burgos; á las doce estaba en posesion del alcázar; y antes de la noche llegó tambien la infantería de Nájara.

Los burgaleses deseaban con ansia el momento de ver entrar á la Reina, pues esperaban que su presencia disiparía la misteriosa sombra que cubría el objeto de aquella inesperada visita, cuyo motivo estaban lejos de sospechar; porque debe tenerse presente que en el siglo XII aun no se habian establecido los correos ordinarios y periódicos.

Para abreviar: al tercer dia se recibió aviso por un soldado, de que S. A. haria su entrada al siguiente por la mañana, lo que en efecto se verificó, saliendo á recibirla el cabildo, los nobles, y el alcaide, que arrodillado á sus pies, le entregó las llaves de la ciudad.

Doña Urraca desplegó la amabilidad, gracias y cortesanía, de que tan bien sabia usar; y como uno de los eclesiásticos gobernadores de la diócesis, creyendo que su carácter sacerdotal le autorizaba á ello, preguntase, qué motivo estraordinario era el que proporcionaba á sus vasallos la inesperada dicha de verla: le contestó, que tiempo habria de satisfacer aquella curiosidad, añadiendo: «Lo que ahora importa »mas es dar gracias á Dios, por haberme »traido con bien á mi amada Castilla: va»mos al templo, y no dudo que vosotros, »señores, me ayudaréis con vuestras san»tas oraciones á implorar el favor divino »para lo sucesivo."

Dicho esto, se encaminaron todos á la iglesia mayor, y en ella se cantó un solemne *Te Deum*; concluido el cual se trasladó la Reina con el mismo acompañamiento al alcázar. Bien hubiera querido Don Gomez poder ocultar que la Reina

venia fugitiva de Aragon; pero desde luego conoció que semejante ficcion podria durar poquísimos dias, y que su momentánea utilidad no compensaría los perjuicios que necesariamente habia de producir cuando se descubriese la verdad. Fue pues necesario decidirse á descubrir el misterio, con permiso de Doña Urraca, quien no puso dificultad en ello, persuadida de que los castellanos no vacilarian en defenderla contra su marido. En consecuencia de esta determinacion, apenas entraron en el alcázar, cuando sentándose la Reina en su trono, hizo una larga y patética esposicion de los malos tratamientos que de su esposo habia recibido, sin mas causa, decia, que la de ser el Rey aragonés, y como tal, enemigo de Castilla, cuya opresion no habia ella querido nunca autorizar; habló de su prision en Castelar, pintándola con colores tal vez mas cargados que los que la verdad

exigía; y por último, alabando el celo del Conde de Candespina, manifestó hallarse resuelta á evitar á todo trance caer de nuevo en manos de su tirano. Sea respeto, sorpresa ó temor de las tropas que les cercaban, todos los presentes guardaron el mas profundo silencio que la Reina interpretó tan favorablemente, que no creyó necesario exigir garantía ninguna para su seguridad, y poniendo á cargo del Conde de Candespina disponer lo necesario para la defensa contra Don Alfonso, se retiró á descansar de las fatigas de su penoso viaje.

Don Gomez exhortó en seguida á todos aquellos caballeros á que tomasen las armas, y las hiciesen tomar á sus vasallos, como él iba á hacerlo, marchando al siguiente dia á sus estados con objeto de hacer en ellos una leva. Todos protestaron que estaban resueltos á seguir su ejemplo, y la asamblea se separó sin que ocur-

riese en ella nada mas, digno de notarse.

No fiaba mucho el Conde de Candespina en aquellas demostraciones; pero la fuerza de las circunstancias le precisó á ocultarlo por entonces, esperando que podria reunir sus parciales antes que los enemigos de la Reina tuvieran tiempo de concertar su plan contra ella; y en consecuencia, marchó, segun lo habia anunciado en la asamblea, el dia despues de el de la llegada de la Reina á Burgos para Pancorbo, cuyo Castillo y pueblo le pertenecian.

Quedóse en Burgos, Hernando para estar á la mira de cuanto ocurriese; y el Señor de Nájara prometió no desamparar la corte hasta el regreso del Conde, quien por su parte no hacia ánimo de detenerse mas tiempo que el absolutamnnte necesario.

CAPITULO VI.

Fieles observadores de su juramento, los aragoneses que sobrevivieron á la desgracia del Castelar no salieron de aquella fortaleza hasta cumplido el octavo dia de la marcha del Conde, esto es, uno despues del de la llegada de la Reina á Burgos; pero ya pasado aquel plazo, montaron á caballo dos de los mas principales de ellos, y á rienda suelta se encaminaron á Huesca, villa distante del Castelar unas diez leguas, en la cual se hallaba á la sazon Alfonso el Batallador, que como ya hemos dicho, se llamaba emperador de España.

Mas fácil es imaginar que describir el terrible enojo de aquel príncipe, oyendo la relacion de la fuga de su esposa, y por el pronto pagaron los miserables que le

llevaron la noticia, á quienes mandó encerrar en un calabozo. En vista de su cólera, casi puede decirse que fue fortuna para Iñigo Latorre haber muerto en el Castelar, porque á no ser así, es evidente que hubiera concluido sus dias afrentosamente en un cadalso.

Alfonso convocó inmediatamente á sus principales vasallos para la frontera de Castilla, pues no pudo ocultársele que la Reina habria marchado á Burgos, por ser esta ciudad la mas cercana entre las principales de sus dominios á los estados de Aragon; y marchó él mismo para Soria, plaza en que tenia puesta guarnicion de los suyos, con los hombres de armas, ginetes, hacheros y ballesteros que siempre le acompañaban.

Las rivalidades entre los diferentes estados en que estuvo dividida la monarquía, desde que D. Pelayo dió principio á su restauracion en los montes de Asturias, has-

ta que D. Fernando V el católico la terminó arrojando de Granada los restos de los moros es tan notoria, que sería hacer agravio á nuestros lectores tratar de demostrársela; pero bueno será tenerla presente para no admirarnos del ansia con que castellanos y aragoneses se aprovechaban de la mas pequeña ocasion para causarse perjuicios de la mayor trascendencia.

Grande era, sin duda, el celo con que los próceres de uno y otro reino acudian á sus Soberanos en las guerras contra los infieles; pero tal vez se mostraban aun mas serviciales en tratándose de hostilizarse las potencias cristianas entre sí; y estas luchas que prolongaron la dominacion de los árabes en la Península, hubieran podido tal vez perpetuarla, si los sumos Pontífices, usando de sus facultades espirituales, y de la influencia temporal que en aquella época tenian, no las hubieran casi siempre terminado, haciendo a-

liarse á las dos partes beligerantes contra el comun enemigo.

Pero volviendo á nuestro propósito, dirémos que los magnates aragoneses se apresuraban á porfia en reunir el mayor número de soldados posible para ayudar á su Rey á reparar su honor mancillado.

Los caminos se veían cubiertos de soldados y capitanes, que de todos los dominios de Aragon marchaban á Soria, acudiendo al llamamiento del Rey, y los miserables labradores sufrian todo género de vejaciones y malos tratos, en tanto que Alfonso no descuidaba ninguno de los medios necesarios para salir bien de su empresa.

Los dias que hubo de estar en Soria esperándo los soldados de sus vasallos, calmaron algun tanto el primer arrebato de la cólera, y las reflexiones políticas sucedieron á las acaloradas sugestiones del amor propio ofendido. Su única mira,

cuando siendo todavía Príncipe se casó con Doña Urraca, era la de reunir en su cabeza las coronas de la mayor parte de los reinos de España; y por esta razon prescindió del carácter de su esposa, de que estaba informado de antemano, y del parentesco que con ella tenia, el cual aunque lejano, era sin embargo bastante entonces para impedir el matrimonio y aun para disolverlo despues de hecho, como sucedia con frecuencia en casos semejantes. Convencido, pues, de que aunque empleando la fuerza era indudable que Castilla, dividida en bandos y con la mayor parte de las fortalezas en su poder, habria de sucumbir; sin embargo sería peligroso hostigar á los irritables castellanos, que en último recurso podrian acudir al Papa parà que anulase su matrimonio, con lo que perderia todo derecho á aquella corona: resolvió entablar algunas negociaciones antes de empezar las hostilidades.

Mas la suerte, empeñada en protejerle, dispuso las cosas aun mejor de lo que él mismo podia esperar.

Así que faltó de Burgos un hombre á quien todos respetaban y temian, como era el Conde de Candespina, pareció á los habitantes de aquella ciudad que estaban ya en libertad para discurrir y obrar segun creyesen conveniente. Es cierto que D. Diego Lopez y Hernando de Olea habian quedado en guarda de la Reina; pero desgraciadamente no habia quien ignorase que nada era mas fácil que sorprender y engañar á aquellos dos escelentes soldados y pésimos cortesanos.

D. García, obispo de Burgos, prelado de costumbres irreprensibles, y tan celoso por la grey que estaba á su cargo, como vasallo fiel y patriota decidido, fue desterrado de su diócesis por haber representado al Rey D. Alfonso de Aragon sobre la violenta medida que éste tomó, despojan-

do de sus alcaidías á los caballeros castellanos de mas nota, y sustituyéndoles aragoneses ó bien naturales del pais tachados de poco patriotismo. Algunos individuos del cabildo sintieron la tiranía que se usaba con su prelado; pero siendo en corto número, y atemorizados con el ejemplar mismo que tenian á la vista, no se atrevieron á manifestar su opinion, y hubieron de seguir la de la mayoría, que como de ordinario sucede, se inclinaba al partido vencedor. Los gobernadores, pues, del obispado eran canónigos conocidos por su inclinacion á los aragoneses, y obraban en todo de acuerdo con el alcaide de Burgos D. Alvar Fañez, uno de los mas celosos partidarios de D. Alfonso; pero hallándose sin fuerzas con que contrarestar las de D. Diego Lopez, se decidió este caballero á esperar la resolucion del Conde D. Pedro Ansurez, señor de Valladolid, á quien dió aviso de lo que ocurria así que

tuvo noticia de la llegada de la Reina. El Conde D. Pedro, que era una de las personas de mas nombradía en Castilla, habia pasado su juventud, como todas los grandes de su tiempo, en el ejercicio de las armas; pero su inclinacion le llamaba mas á los negocios políticos que al manejo de la lanza. El padre de Doña Urraca, apreciando sus talentos, le nombró ayo ó *amo*, como entonces se llamaba, de su hija, y el Conde gozó siempre de mucho favor con esta Princesa, hasta que habiéndose declarado por el Rey de Aragon, cayó de su gracia, segun ya hemos dicho. Estaba pues el de Ansurez ligado enteramente con los enemigos de su discípula: el engrandecimiento de ésta no podia menos de producir su ruina; y así no es de estrañar se afanase tanto para cortar aquel mal en su orígen, que se hallará en Burgos cuatro dias despues de haber llegado allí la Reina.

Alojóse para mayor seguridad en el palacio episcopal, y despues de una larga conferencia, en la cual dió á Alvar Fañez todas las instrucciones que creyó necesarias, le previno que para aquella noche y hora de las doce de ella, convocase secretamente á los principales de entre los partidarios que tenian en el pueblo. No faltó ninguno de los llamados, que serían mas de cuarenta; tal era el respeto y veneracion con que miraban á su alcaide, quien dispuso que la junta se verificase en la capilla del palacio. Reunidos ya los caballeros, un canónigo celebró, dada la media noche, una misa rezada para implorar las luces del Espíritu Santo; y terminado aquel acto religioso, dió á todos los circunstantes su bendicion.

Así que el celebrante hubo desnudado las vestiduras con que habia oficiado el Santo Sacrificio, habló de esta manera el alcaide:

«Estraño debe pareceros, nobles señores, que en hora tan desusada os haya »convocado para este sitio; pero la con»fianza con que me habeis honrado, vinien»do á él con tanta puntualidad, es una prue»ba de amor que nunca olvidaré. El único »objeto, señores, de todas mis acciones »es cumplir la fé prometida á nuestro So»berano, y alejar de mi Patria los males »de la horrorosa guerra que la amenaza: »si lo consigo nada me queda que desear. »Ahora, señores, escuchad al muy ilustre »Conde D. Pedro Ansurez, quien tiene »que comunicaros cosas de no poca im»portancia."

«Caballeros, dijo D. Pedro, el honor »castellano está ofendido: un Conde osa»do y presuntuoso se ha atrevido á faltar »á la obediencia debida á su Rey; y vues»tro silencio, vuestra ciega sumision á sus »órdenes os hacen cómplices en su delito. »¿Quién de vosotros, infanzones de Casti-

»lla, quién es el que no ha hecho pleitesía »y rendido vasallaje á D. Alfonso de Ara»gon? Ninguno. ¿Y porque haya adquiri»do sus derechos al trono de Castilla ca»sándose con Doña Urraca, por ventura »habrá de perderlos siempre que esta lo »quiera así? No creo, cababalleros, que »haya aquí quien tal piense. En tanto que »el Santo Padre, por justa causa, no os »declare libres de vuestros juramentos, sois »vasallos de D. Alfonso, y traidores ne»gándole la obediencia. La sorpresa del »primer momento puede disculpar lo que »hasta aquí se ha hecho; pero pasar mas »adelante sería no solo criminal sino te»merario. ¿Qué fuerzas opondréis á las »del Rey de Aragon? ¿Cómo resistiréis »el ímpetu violento de su venganza?... »Nadie me responde. La verdad ha pene»trado en vuestros corazones. ¿Estáis pron»tos á volver á someteros á vuestro Rey?

»Sí, contestaron unánimemente; sí,

»Conde; hablad y decidnos qué hemos de »hacer."

Este era el punto al cual queria el Conde traer los ánimos, y ni un momento habia dudado conseguirlo, pues conocia perfectamente que todas las circunstancias le favorecian. No molestarémos la atencion de nuestros lectores, refiriéndoles prolijamente los pormenores de la conferencia de aquellos magnates: lo que les importa saber es que decidieron que á toda costa y aun usando de la fuerza, si las circunstancias lo exigian, pondrian á la Reina en poder de su marido; suplicando al mismo tiempo á éste la tratase con mas suavidad que hasta entonces lo habia hecho.

Hubo quien propuso hacer entrar en la conjuracion á D. Diego Lopez; mas el Conde, que le conocia bien, se opuso á que se tratára de semejante cosa, diciendo que el Señor de Nájara era hombre que no se volvería atrás de lo que una vez

habia prometido, aunque para conseguirlo se levantase su mismo padre del sepulcro. «Otros medios, concluyó, se nos pre»sentarán mas arriesgados tal vez; pero »que Dios mediante y nuestra diligencia »producirán el éxito que deseamos. Sepa»rémonos, caballeros, antes que venga el »alba y nos descubra; yo os prometo que »no tardaréis en tener noticias mias."

De este modo las armas de Aragon por un lado, y por otro los escrúpulos ó la debilidad de sus vasallos amenazaban á un mismo tiempo á Doña Urraca, quien en todo pensaba, menos en la tempestad pronta á descargar sobre su cabeza.

CAPITULO VII.

Sucedíanse en el alcázar de Burgos festines á festines: solo se pensaba en diversiones, y hubiera sido difícil adivinar por las apariencias la precaria y efímera existencia de la dominacion de Doña Urraca.

Los mismos que secretamente conspiraban contra la Reina, eran los primeros á aprovecharse de sus indiscretas liberalidades, y á mostrarse oficiosos en inventar nuevos placeres, para ocultar así mejor sus proyectos y disipar toda sospecha; la Reina veía con placer su mentido celo, y casi no echaba de menos la presencia del Conde de Candespina.

Hernando de Olea y el señor de Nájara, dejándose arrastrar de la corriente, tambien pensaban mas en solazarse que en

otra cosa; y así eran de poquísimo estorbo para sus contrarios.

En particular Hernando, que por la parte que tuvo en el suceso del Castelar, gozaba de gran favor con la Reina, y andaba siempre á su inmediacion, con la vista y el frecuente trato de Doña Leonor de Guzman empezó á conocer que no era tan insensible como creía á los encantos del bello sexo. Hasta entonces habia mirado siempre con repugnancia, y acaso con horror, la vida afeminada de la corte, y desdeñado acomodarse á los modales de los palaciegos, á quienes despreciaba; pero el deseo de agradar á Doña Leonor le hizo vencerse é imitar lo que veía. De aquí resultaba un contraste singular y casi ridículo en todas sus acciones y palabras; pues á pesar de sus esfuerzos, le era imposible reprimir en algunas ocasiones su natural impetuosidad, y dejar de producirse con la aspereza y energía que le eran pro-

pias. Mas á pesar de que por esta parte el pobre Hernando no presentaba el aspecto mas propio para agradar, sin embargo, su figura colosal y bien proporcionada, su rostro hermoso, aunque guerrero, y la fama de sus hazañas eran con una dama de aquellos tiempos recomendaciones suficientes para no despreciar enteramente la ofrenda de su corazon. Doña Leonor, pues, vió con cierta complacencia la naciente inclinacion del de Olea, y se condujo con toda la maestría propia de una muger de talento y cortesana.

En tanto que el amor y los placeres reinaban en la capital de Castilla, el Conde de Candespina no perdonaba medio ni fatiga para levantar sus tropas y las de sus amigos: pasaba el dia expidiendo correos con avisos á los señores, en quienes tenia mas confianza, y órdenes para sus vasallos; y la noche escribiendo las cartas que debia enviar al siguiente dia.

Él mismo no permanecia cuarenta y ocho horas en un parage; corria todas las villas, lugares y alquerías de sus dominios: á unos amenazaba; á otros persuadía con el halago; á este le exigía caballos, al otro armas, al de mas allá su persona; y por último, todo lo ponia en contribucion para lograr prontamente su objeto.

Entre los señores á quienes envió á pedir socorro, citarémos como mas principales á Iñigo Jimenez, que gobernaba en Calahorra y ambos Cameros, Garcí Lopez en Tovía y Marañon, y señaladamente al Conde Don Pedro Gonzalez, señor de Lara, de Medina, Mormojon, Dueñas y Tariego, quien tanto por lo ilustre de su linage, que es uno de los cinco grandes solares de Castilla, cuanto por su riqueza y fama, era tenido en grande estima y valía en aquella época.

Los que hemos nombrado, y algunos

otros que omitimos, en obsequio de la brevedad, se decidieron desde luego en favor de la Reina, porque les era muy pesada la dominacion del de Aragon, y confiaban en sus riquezas y vasallos, que capitaneados por el Conde de Candespina, podrian resistir y acaso vencer á Don Alfonso. Por el contrario, los que compusieron la junta de Burgos, eran todos caballeros cortesanos, mejor avenidos con los festines y torneos que con el rigor de los combates, y que preferian vivir pacífica y sosegadamente bajo el gobierno de un estraño, á esponerse á los riesgos de la guerra, irritando á un Monarca tan poderoso y esforzado como el de Aragon.

Así se pasaron algunos dias, hasta uno en que ya cansada Doña Urraca de las diversiones de la capital, dispuso salir á caza con todo el aparato correspondiente. La corte entera se puso en movimiento:

todos los caballeros apercibian sus caballos y perros; y los monteros se desafiaban unos á otros sobre quién haria alarde de mas destreza y fuerza en la próxima cacería; diversion en aquellos tiempos propia solo de los Príncipes y grandes señores, quienes no perdonaban gastos para hacerla con toda la ostentacion posible. Las damas, que á caballo asistian tambien á amenizar el espectáculo, se esmeraban en los vestidos y sombrerillos, procurando cada una sobrepujar á las demas en gala y bizarría; y la Reina, no menos que las otras, se ocupaba tambien en sus adornos, con el mismo ahinco, ó acaso mas, que hubiera podido hacerlo en el negocio de estado de la mayor importancia.

Llegó por fin el dia señalado, y desde antes del amanecer empezaron á oirse los ladridos de los lebreles, el relinchar de los caballos y el alegre son de las cornamusas.

Caballeros y damas, todos con vestidos

de fondo verde, con adornos y plumas de diferentes colores, conforme al gusto é inclinaciones de cada uno, se reunieron en el alcázar para acompañar á la Reina, quien no tardó en presentarse tan bizarra con su vestido de caza, que escitó un murmullo general de admiracion en los cortesanos, pues para no faltar á la verdad nos es preciso decir, que segun la crónica no bastó su alta dignidad á ponerla á cubierto de las críticas observaciones de las señoras de Castilla. Quien de estas hallaba el vestido muy largo; quien muy corto; una sobrecargado de adornos, al paso que á otra le parecia harto pobre; esta decia que el color era poco á propósito para favorecer el rostro de la Reina, y aquella que las plumas de la gorra ó sombrerillo eran demasiadas: en resúmen, desde la punta del calzado hasta el último adorno de la cabeza de la Reina, sufrieron el mas severo de los exámenes. Todo esto debe

entenderse en voz baja, y con el suficiente recato para no ser oidas de Doña Urraca, pues á su presencia ó callaban ó se deshacian en elogios bien poco sinceros. Los de los hombres lo eran mas, y tal vez por esta causa crecía el descontento de aquellas damas, porque sabido es que no pueden perdonar que otra múger parezca bien á su amante estando ellas presentes, aunque sea una Reina. Una sola entre todas no tuvo motivo de queja, porque su amante, enteramente ocupado en contemplarla, no hizo siquiera reparo en la Reina, y ésta fue Doña Leonor, de quien Hernando estaba cada dia mas prendado; verdad es que tambien el primer cuidado de la camarera cuando entró en el salon acompañando á su Señora, fue buscar á Hernando para ver qué efecto le hacian sus gracias en aquel nuevo traje, y como le halló con los ojos clavados en ella, en la actitud de un hombre que está en éxtasis,

no pudo menos de ruborizarse; pero quedando al mismo tiempo muy satisfecha interiormente.

Lucidísima fue la comitiva que salió de Burgos con la Reina, y todos con gran júbilo y algazara (en cuanto lo permitia la presencia de Doña Urraca) se dirigieron á Vivár, aldea de la montaña, célebre por haber dado su nombre al Cid Campeador, en la cual debia darse principio á la montería. Hallábase en él preparado el desayuno para la Reina y las personas de mas cuenta en un magnífico pabellon arabesco, dispuesto con el mayor gusto, y para la generalidad de los cazadores en el campo mismo. Oíanse entre tanto los gritos de los ojeadores que de gran distancia venian estrechando su círculo para reunir las reses en un corto espacio de terreno; y los bramidos de las acosadas fieras hacian resonar los ecos de las profundas cavernas de los montes.

Pocas serían las damas de nuestro siglo á quienes la idea sola de presenciar la caza de jabalíes no asustase, pues en cuanto á encontrar una que quisiera tomar un venablo y atacar á la fiera, aun cuando otras heridas la hubiesen ya postrado, la empresa nos parece tan difícil que raya en lo imposible.

Sin embargo, el mismo clima, la misma tierra habitaban las españolas del siglo XII que las del XIX.

Pero tal es la fuerza de la costumbre, ó por mejor decir de la educacion, que llega á veces á hacerse superior á la misma naturaleza. Nuestra augusta cazadora fue la primera á apresurar el momento de dar principio á la diversion, y en el discurso de aquel dia dió varias pruebas de valor y destreza, que la atrajeron no pocos víctores y aplausos de sus vasallos. La mañana se dedicó enteramente á hacer la guerra á los jabalíes, y la tarde se destinó contra los cier-

vos, por ser caza que podia hacerse á caballo. Escusado será decir que Doña Leonor no se apartó ni un momento de la Reina, y que Diego Lopez y Hernando de Olea, como encargados de su guarda, tampoco la perdieron de vista. En particular este último, que iba encontrando mucho placer en su encargo, siempre tenia un pretesto para estar mas próximo á la camarera que á la Reina: ya era que respetaba demasiado á Doña Urraca para entablar conversacion con ella, ó que aquel honor era debido mas bien á Don Diego que á él. En resúmen, el amor, como todas las pasiones, era en él dominante, esclusivo é incapaz de ocultarse, y si hubiera encontrado espresiones á propósito con que declararse, es indudable que lo hubiera hecho al momento.

Habíase ya puesto el sol é iba á terminarse la cacería con la muerte de un desdichado ciervo, á quien los perros aco-

saban muy de cerca, cuando hallándose en lo mas intrincado del monte, la Reina con su camarera, el señor de Nájara, Hernando, y un corto número de personas de la comitiva, se aparecieron de repente y como por ensalmo á alguna distancia, una porcion de hombres que mas que tales parecian fieras. Vestian una especie de calzon de piel de oso hasta media pierna; una túnica ó pellico de lo mismo les cubria desde los hombros hasta las rodillas; media cara iba oculta con un antifaz tambien de piel, y su calzado eran unas abarcas del mismo material. Defendíales la cabeza un casquete de red de hierro, y sus armas consistian en una espada, un chuzo y tres ó cuatro dardos arrojadizos.

«Jesus sea con migo" esclamó Doña Leonor deteniendo al mismo tiempo su caballo. «¿Qué es eso, Leonor?" Preguntó la Reina haciendo lo mismo. «Mire V. A. aquellas visiones" contestó ésta, y

Don Diego Lopez la atajó, diciendo: «O »yo me engaño ó aquellos son almugavares. »—No os engañais, Don Diego, ellos son; »conozco á esos montañeses perfectamen- »te, y á fé á fé que no sé qué querran en »Castilla esas aves de rapiña naturales de la »corona de Aragon," añadió Hernando. La Reina que ya empezaba á sobresaltarse mandó que inmediatamente se la esplicase qué gente era aquella, á lo cual Hernando satisfizo, diciendo: que los almugavares eran una tríbu oriunda de los Pirineos, que servia á los Reyes de Aragon en calidad de tropas ligeras, y que cuando este Príncipe no los tenia empleados se ocupaban en talar las tierras de los moros, y aun las de los cristianos si á mano les venia.

«Me parece, dijo Leonor, que sería »prudente que V. A. se retirase.—¿Y por »qué, Señora? Preguntó el de Olea: somos »cinco caballeros....—Lo érais, interrum-

»pió la Reina, advirtiendo entonces que »durante su conversacion habian desaparecido los caballeros de Burgos que la se»guian. — Tiene V. A. razon, repuso el »de Nájara: solos hemos quedado este ca»ballero y yo. — Bastantes somos, contes»tó Hernando. — Estais desarmados, escla»mó la Reina, pálida ya de temor como »un cadáver. Volvamos atras."

Sea que Doña Urraca se hubiera adelantado demasiado á sus cortesanos en el ardor de la caza, sea que estos se hubiesen ido retrasando casualmente ó de intento, lo cierto es que en el momento crítico de que hablamos ni aun se alcanzaban á oir las voces de los monteros, y solo se percibia confusamente el agudo sonido de la cornamusa.

Por mas valientes que fuesen Diego Lopez y Hernando de Olea, no era posible, que á menos de estar locos, apeteciesen entrar en combate con cerca de veinte

hombres (que tal era poco mas ó menos el número de los que vieron desde luego) hallándose sin mas armas que su espada, cuchillo de monte y venablos, y cubiertos del simple vestido de paño verde; y así es que cedieron sin repugnancia á la proposicion de la Reina, y volvieron la espalda á los almugavares que ya se les habian acercado á tiro de piedra.

¿Pero cuál fue la sorpresa de los caballeros y el pánico terror de las damas, cuando al emprender su retirada vieron que los interceptaban el paso otros tantos ó mas montañeses que los que tenian por delante?

«Que me maten, dijo el Señor de Nájara, »sino estamos cercados por estos salteado»res de profesion.—Dos mil diablos sean »con ellos y toda su casta, añadió el de Olea »echando mano á la espada: solo nos que»da este camino.—Y nosotras, esclamó la »Reina, ¿qué hemos de hacer?--Caballeros, »dijo Doña Leonor, dirigiéndose particular-

»mente á Hernando, reflexionad lo que vais »á hacer; la menor provocacion de vuestra »parte á esos miserables, puede costarnos á »todos las vidas.—Antes morderán el pol»vo algunos de ellos, respondió furioso el »amigo de Candespina.—¿Y eso podrá re»sucitarnos? preguntó Doña Urraca: os pro»hibo sacar la espada sin órden mia." No tuvo tiempo de decir mas, porque los almugavares, que por todas partes se habian ido presentando, despues de formar un círculo en torno de los acuitados cazadores, fueron estrechándolo sucesivamente hasta acercarse tanto á ellos, que podian oir perfectamente su conversacion.

La Reina entonces, sacando fuerzas de flaqueza, animada tal vez con el mismo peligro, se dirigió á ellos, mandándoles que dejáran paso franco á la Reina de Castilla. En vez de responderla como era debido, uno de aquellos salvages, con voz bronca y desentonada le preguntó ¿*Sou*

vos la Reina? —Yo soy, villanos, apartaos y dejadme paso.—*No pot sé*, contestó el mismo montañés; y dando un agudo silvido, se arrojaron todos sus compañeros sobre Doña Urraca y su escasa comitiva, sin dar tiempo á los dos caballeros para hacer uso de sus armas; si bien es verdad que no anduvieron bastante ligeros para evitar que Hernando atravesase á uno de parte á parte con su venablo.

Un grito que dieron la Reina y su camarera fue el único que interrumpió el silencio de aquella estraña y desventurada escena. Los almugavares parecian mudos, y ni Lopez ni Olea estaban para conversaciones.

Doña Urraca y Leonor á quienes se mandó espresamente quitarse el calzado, lo hicieron por no esponerse á que lo ejecutasen por sí mismos sus bárbaros enemigos, y en seguida hubieron de ponerse uno igual al de éstos, y una túnica de piel

que no se diferenciaba de la de los montañeses en otra cosa mas que en la longitud, pues las cubria desde los hombros hasta un poco mas abajo de media pierna; y á mas tuvieron que quitarse los sombrerillos y dejar el pelo suelto sin tocado alguno.

Tambien al Señor de Nájara y á Hernando les obligaron á vestir un traje igual al suyo, contentándose con exigir al primero su palabra de honor y fé de caballero de que no se escaparía ni pronunciaría en todo el camino una sola palabra, sin permiso del que parecia ser el capitan de aquella banda; la misma proposicion hicieron al segundo, pero él furioso se negó á todo, por lo cual le maniataron y pusieron un lienzo en la boca.

Lloraban Doña Urraca y Leonor; Diego Lopez cabizbajo y mudo, parecia como enagenado; y al través de la especie de mordaza que llevaba el pobre Hernando

se hubiera creido oir las maldiciones que echaba á la suerte, no tanto por su desgracia, cuanto por la de la Señora de sus pensamientos. Tal era la situacion de la que un cuarto de hora antes se creía Señora de Castilla, y la de sus cortesanos mas favorecidos.

CAPITULO VIII.

Si hemos conseguido inspirar con esta narracion algun interés á nuestros lectores, sin duda recordarán la junta de los caballeros burgaleses en el palacio episcopal, y que se separaron, tomando el Conde D. Pedro Ansurez á su cargo proponer los medios para devolver á D. Alfonso su fugitiva esposa.

No ignoraba el Conde que á pesar de la decision que todos manifestaron de usar de la fuerza cuando no hubiese otro arbitrio para conseguir su fin, no podia sin embargo contar con el mas exacto cumplimiento de tal oferta; pues el motivo mas poderoso que la mayor parte de aquellos nobles habia tenido para unírsele era el deseo de evitar una guerra. Esta consideracion fue la base de su conducta. Sa-

lió pues de Burgos para Soria el dia inmediato al de la junta; avistóse con Don Alfonso, y de acuerdo con él, dispuso que una tropa de almugavares fuese con todo secreto y celeridad á situarse en las montañas vecinas á la capital de Castilla. Desde luego era de presumir que la Reina no dejaría de visitar los alrededores de la corte; y por otra parte, contando como el Conde contaba con muchos partidarios en el mismo alcázar, le era fácil disponer por sí mismo la ocasion que deseaba. En efecto, algunos cortesanos de la faccion aragonesa en el fondo, aunque en la apariencia adictos á Doña Urraca, manifestando no temer ningun peligro, y bajo pretesto de despreciar á los enemigos, eran los que mas fomentaban las intempestivas fiestas que se dieron en Burgos, y por último, promovieron la cacería que tan cara costó á la Reina.

Los almugavares, entre los cuales, y con

su mismo traje se mezclaron por precaucion algunos caballeros aragoneses, recibieron las mas estrechas órdenes de no ofender en su persona á la Reina ni á ninguno de los individuos de su comitiva, á menos de que las circunstancias hiciesen absolutamente indispensable usar de la fuerza; pues el prudente Ansurez no queria tampoco enconar los ánimos contra sí, ni hacerse enemigos particulares por si los tiempos mudaban. A esto debió sin duda Hernando de Olea que los feroces montañeses no vengáran cruelmente la pérdida del compañero que les mató con su venablo, y para decir lo cierto, el orígen de su impunidad fue mas bien que los caballeros aragoneses disfrazados de almugavares se interpusieron entre él y los camaradas del muerto, que no el respeto de estos á sus promesas. Como quiera que sea, luego que los prisioneros hubieron vestido el traje de sus vencedores, precaucion que se adop-

tó para que en caso de encontrar en el camino con algun destacamento de las tropas del Conde de Candespina ó sus parciales no fuesen conocidos, se pusieron en marcha, montadas las señoras y á pie los demas, y caminaron con una celeridad increible. Diego Lopez y Hernando de Olea eran hombres acostumbrados á todo género de fatigas; pero apenas podian seguir á sus conductores, que trepaban por las breñas con la misma ligereza que hubiera podido hacerlo la mas suelta cabra. Tres ó cuatro leguas andarian aquella noche, siempre por la sierra, sin seguir ninguna vereda, y por parajes en donde apenas podian sentar el pie los caballos de Doña Urraca y Leonor. Tan pronto atravesaban un torrente, como veían á sus pies un horroroso precipicio, y mas allá se metian en un angosto y profundo desfiladero. La noche era obscura; desde el principio de ella empezaron á amonto-

narse las nubes; y por fin descargó sobre los desgraciados presos una horrible tempestad.

Que el lector se imagine ahora la situacion de una Reina de Castilla en medio de un despoblado; cautiva en poder de unos vandidos; y espuesta al furor de los elementos que tambien parecian conjurarse en su daño: y decida si con razon iba entre sí lamentándose de su suerte que ni suspirar la dejaba libremente; pues tal era el temor que tenia de contravenir á las órdenes de los almugavares que no proferia ni un ay. Los montañeses, gente familiarizada con semejantes escenas, no parecian inquietarse por nada de cuanto sucedia, y segun el tono con que hablaban podian los prisioneros creer que iban contentos; porque en cuanto á su conversacion, que toda era en el dialecto catalan, nada entendian de ella.

Por fin despues de bastantes horas de

camino, y sereno ya el cielo, llegaron á una pequeña aldea en donde estaba el Conde D. Pedro Ansurez con varios señores aragoneses, algunos de sus parciales, y una respetable escolta de hombres de armas. Aunque no se presentó aquella noche á la Reina, dispuso que se alojára esta Señora en la casa mas cómoda que habia en el pueblo, hizo que se la diesen vestidos correspondientes á su clase, y que se tuvieran con ella y su camarera las mayores consideraciones: mas no por esto descuidó el asegurarse de su persona rodeando el alojamiento de soldados, que á nadie permitian entrar ni salir en él, sin una contraseña especial del Conde.

En cuanto á Diego Lopez y Hernando de Olea, se les depositó en las casas capitulares bajo la competente guarda, tratándoles en lo demas con todo decoro.

Decir que ni la Reina, ni Leonor, á quienes no se separó, no pensaron siquie-

ra en dormir aquella noche, sería escusado, pues es fácil de presumir que su estremada agitacion no se lo permitió. Una y otra pasaron la noche, tan pronto lamentando su mala suerte como haciendo conjeturas sobre lo futuro, ó recordando con dolor los breves instantes de la dicha pasada. Amaneció por fin, y á poco un gentil hombre del Conde Ansurez se presentó á pedir á la Reina audiencia para su Señor. «Decid al Conde, contestó Doña »Urraca, que una prisionera como yo, una »persona á quien se prende en medio de »un monte como á un vil salteador no »tiene voluntad; y así puede venir ó no ve»nir segun sea su gusto.— Crea V. A., re»plicó el mensajero, que el Conde mi se»ñor....— Es un traidor.— ¡Señora!— Hi»dalgo, si os merece alguna considera»cion la hija de Alfonso VII de Castilla, »idos en buen hora y no abuseis de mi »paciencia.— Obedezco." Y fuése á dar

su respuesta al Conde, quien oyéndola esclamó: «Es natural: no esperaba yo me»nos de su colérica condicion; pero no »importa, es preciso que yo la vea."

Resuelto, pues, á sufrir con paciencia la descarga de injurias que indudablemente iba á caer sobre él, no dejó pasar muchos instantes sin presentarse en la habitacion de Doña Urraca, y entró en ella con un aire de respeto y sumision, que á cualquiera que ignorase lo ocurrido, hubiera hecho creer que la Reina no tenia vasallo mas dispuesto á obedecerla que él.

Miróle la Reina con un ceño capaz de desconcertar á cualquier otro, mas él sin turbarse hincó una rodilla ante su Señora, diciendo:

«V. A. tiene á sus pies....— Al que fue »mi ayo en la niñez, al que debia ser aho»ra mi vasallo, y es un vil instrumento de »mi mayor enemigo.— Señora, continuó »el Conde sin alterarse, las apariencias

»pueden condenarme....— ¿Las apariencias no mas? Interrumpió furiosa la Reina, decid, pues, Conde vil, mal caballero, vasallo desleal, decid: ¿Quién me arrancó de mi corte? ¿Quién me puso en manos de esos miserables que me han conducido hasta aqui?— Alfonso de Aragon, contestó el Conde, dejando la humilde postura en que habia permanecido hasta aquel momento, pero conservando siempre su tono respetuoso, un esposo, Señora, es quien os ha traido aquí, no yo.— ¡Mi esposo? contará sin duda añadir este triunfo á sus hazañas: este nuevo floron á su corona imperial.—V. A. desconoce las verdaderas intenciones de Don Alfonso: yo á quien honra con su confianza.... — Y la mereceis. Sería injusto sino os la diese: por él abandonais á vuestra Reina; por él sacrificais la infeliz Castilla á sus ambiciosas miras; por él mancillais el honor de los infanzones....

»Conde, concluyamos; vuestra presencia »me es odiosa, no puedo menos de mira»ros como á un verdugo vendido á mis »enemigos. Decid pronto lo que os hayan »mandado. ¿Qué nueva prision es la que »me destinan?— Lejos, Señora, de pre»parar á V A. prision ninguna, deseoso »el Rey de Aragon de reparar la dureza.... »—La crueldad, diréis mejor.— Sea co»mo V. A quiera, lo cierto es que el Rey »D. Alfonso no trata de aprisionaros de »nuevo. Quiere que su esposa vuelva á ser »el ornato de su corte; quiere que rei»ne entre él y Doña Urraca la armonía »que nunca hubiera debido interrumpirse. »¿Quién con mas derecho que yo, que he »dirigido los primeros pasos de V. A., y »que me glorío de haberla servido desde »que nació, podria encargarse de esta re»conciliacion? V. A. está ofendida, y me »ha llenado de injurias, que pocos de mis »iguales tolerarian: yo las olvido. Solo su-

»plico, puesto de nuevo á los pies de mi »Reina, que cediendo por su propio in- »terés á mis consejos, prescinda de los »medios que para evitar mayores males »ha sido preciso emplear para sacarla de »Burgos, y que depuesto todo rencor se »reconcilie de buena fé con su esposo. Es- »tos, Señora, son mis deseos; y si para »satisfaccion de V. A. es necesaria mi vi- »da, pronto estoy á sacrificarla.—Hubo un »tiempo, Conde, respondió sosegadamen- »te la Reina, en que pude creeros sincéro. »Hoy vuestras mañosas palabras no logra- »rán convencerme. Sin embargo, aun os »queda un medio de justificaros. Escuchad- »me atentamente D. Pedro: entre Alfon- »so y yo no puede haber nunca paz mien- »tras vivamos unidos; y tengo motivos de »creer que no está lejos el momento de »separarnos para siempre. Si quereis pues »cumplir con vuestra obligacion, volvedme »á Burgos.—Imposible, Señora; mis jura-

»mentos me lo prohiben, y aun cuando yo »quisiera....— Basta: retiraos, y sabed que »no debeis esperar mas de mí que lo que »como prisionera no pueda negaros.— ¡Se»ñora...!— Retiraos digo, Leonor: esta es »la nobleza de Castilla.— ¡Ah, Señora! »dijo la camarera luego que el Conde sa»lió, no todos son como ese pérfido."

CAPITULO IX.

Difícil sería describir la turbacion que causó en Burgos el rapto de la Reina á las personas que no estaban iniciadas en la trama de D. Pedro Ansurez con los nobles y clérigos de aquella ciudad; pero es preciso confesar que no produjo verdadero sentimiento mas que en los soldados de Diego Lopez, quienes apenas recibida la noticia, salieron en busca de su caudillo, capitaneados por un D. Pedro, hermano del Señor de Nájara.

Así que Alvar Fañez se vió libre de ellos, hizo proclamar rebeldes en nombre de D. Alfonso á cuantos siguiesen el partido de Candespina; cerró las puertas de la ciudad y se apercibió para defenderla en caso de que los soldados de Nájara regresáran é intentasen entrar en ella por fuerza: mas

todas sus disposiciones fueron escusadas, pues informado el Conde de Candespina por Pedro Lopez de lo acaecido en Burgos, y sabiéndose ya que la Reina estaba en Soria en poder de su marido, le mandó que marchase á reunirse con él en las cercanías de esta ciudad que intentaba asediar.

La aciaga cacería de Vivár destruyó en un momento la obra que con tanto riesgo personal habia llevado á cabo D. Gomez; pero su ánimo incontrastable no por eso desmayó. Llegadas las cosas al punto en que estaban, no le era ya posible retroceder, y por mas desigual que pudiese parecer la lucha entre el poderoso Monarca de Aragon y un vasallo de la corona de Castilla, el Conde de Candespina no quiso renunciar á sus pretensiones, que á la verdad no carecian de fundamentos.

Los grandes de Galicia, á cuyo frente se puso D. Diego Gelmirez, obispo de San-

tiago y sobrino del Pontífice Pascual II, escitados por el amor á la independencia nacional y el odio á los aragoneses, se sublevaron contra D. Alfonso, pretestando que tenian por inválido su matrimonio con Doña Urraca, en razon del parentesco de ambos consortes; y proclamaron á D. Alfonso de Castilla, hijo de Doña Urraca en su primer matrimonio con el Conde de Galicia, y entonces de corta edad. Esta nueva faccion, que en adelante hizo no poco daño á Doña Urraca, le era sin embargo favorable en aquella época, llamando la atencion de su marido á diversos puntos, y debilitando por consiguiente sus fuerzas. Como es de suponer, el Conde no descuidó ponerse en comunicacion con los gallegos insurreccionados; estos enviaron sus embajadores al Papa para tratar de la invalidacion del matrimonio de la Reina; y rota ya la barrera, la mayor parte de los nobles de Castilla tomaron

las armas para sacudir el pesado yugo de los aragoneses. En poco tiempo se reunió al rededor de Soria un poderoso ejército castellano que bloqueó la plaza, y D. Alfonso, que desmintiendo en aquella ocasion su conocida actividad militar, se descuidó en reunir competente número de tropas, hubo de limitarse á estar encerrado en la plaza, sufriendo que á su vista ondeasen tranquilamente los pendones de los que llamaba rebeldes. Juntóse en aquella ocasion la flor de Castilla; pero como nuestro propósito no es escribir circunstanciadamente la historia de esta época, omitirémos hacer una descripcion prolija, y tal vez fastidiosa, del ejército de los nobles; y no hablarémos mas que de los que han de ocupar algun lugar en el resto de nuestra narracion.

Eran de estos los principales el Conde de Candespina, á quien ya conocemos, y D. Pedro de Lara, señor poderoso, pero

de muy distintas cualidades que aquel; ambicioso en demasía, tenia todos los demas vicios que de este dependen; y sobre todos un orgullo sin límite, y poca delicadeza en la eleccion de los medios para llegar al fin que se proponia. D. García, obispo de Burgos, prelado de virtudes verdaderamente evangélicas, autorizaba con su presencia aquel campo, y le seguian no pocos eclesiásticos, cuya influencia en el pueblo era de la mayor importancia.

D. Alfonso hizo en público á la Reina una acogida tan cariñosa como si se hubieran separado por alguna circunstancia imprevista, y fuera el amor conyugal y no la fuerza la que volvia á reunirlos; pero en secreto la reprendió severamente por su fuga, amenazándola de que usaria, si en lo sucesivo no variaba de conducta, de su autoridad como marido, y poderío como Rey de Aragon. Otra muger mas prudente hubiera acaso contemporizado con

su marido, no permitiéndole las circunstancias obrar de otro modo; mas Doña Urraca, demasiado irascible, trató á Don Alfonso con una acrimonia que solo sirvió para empeorar su situacion. El Rey de Aragon, no atreviéndose á usar de su poder abiertamente, y escarmentado del suceso de Castelar, renunció á tomar medidas violentas, cuyo efecto le manifestó el Conde de Ansurez, no podria ser otro mas que el de enagenarle enteramente los ánimos de los mal contentos castellanos, y fortificar el partido de la Reina; mas no por eso mejoró ésta de posicion, pues si bien continuó viviendo con su esposo, tratada en lo esterior como á su alta dignidad convenia, tambien fueron separadas de su lado cuantas personas se tuvieron por afectas á ella. El Conde de Ansurez, con el título de mayordomo mayor, era una especie de carcelero de S. A.; y toda su nueva servidumbre, compuesta de perso-

nas vendidas al mayordomo, un enjambre de espías destinadas á evitar todo género de comunicacion de Doña Urraca con sus amigos. Sin embargo, nada fue tan sensible á la Reina como verse privada de su fiel camarera, la bella Leonor de Guzman, á quien de órden del Rey se puso en reclusion en un convento de religiosas de la ciudad de Soria. Unica persona que habia llegado á conocer á fondo á Doña Urraca, Leonor le era tan necesaria para mitigar sus penas, como para ayudarla á sobrellevar el peso de su insípida y monotona vida; y por lo mismo el Conde de Ansurez, que ademas temia los talentos y penetracion de la camarera, tuvo buen cuidado de alejarla de sí.

En tanto que Doña Urraca pasaba triste y pesarosa su vida en los dorados hierros de su palacio, Lenor, en el silencioso retiro de un cláustro, dirigia contínuamente sus ruegos al que todo lo puede, para que me-

jorase sus horas y las de su Señora, á quien á pesar de todos sus defectos queria entrañablemente; y debemos decir como fieles historiadores, que los campeones de Castelar tenian no poca parte en sus oraciones, especialmente el intrépido Hernando, quien tan generosa y temerariamente habia puesto en riesgo su vida por defenderla cuando fue presa con la Reina en las cercanías de Vivár.

Don Diego Lopez y Hernando de Olea, presos en la cárcel de Soria y custodiados con la mas activa vigilancia, aunque en honor de la verdad tratados en lo demas como era debido á su nobleza y valor, sufrian todos los tormentos inseparables de la doble incertidumbre en que vivian, tanto de su suerte futura, como de la situacion de la Reina y estado de los negocios del Conde de Candespina; pues sus carceleros, aragonés el uno, y criado del Conde de Ansurez el otro, guardaban el mas pro-

fundo silencio con ellos, alegando cuando les hacian alguna pregunta órdenes superiores que tenian para no contestar á ella.

Diversos eran los pareceres en el consejo de Alfonso sobre la suerte que debia caber á los dos nobles cautivos: los aragoneses mas encarnizados enemigos de Castilla, y aquellos castellanos que habiéndose ya comprometido en el partido del de Aragon solo podian esperar salud en el triunfo de éste, opinaban que se les decapitára; cosa decian, que el Rey puede hacer sin escándalo, pues han sido rebeldes al que como esposo de Doña Urraca es su legítimo Soberano; emitiendo el mismo principio, pero mas generosos y tal vez políticos otros caballeros de Aragon, decian que aun cuando S. A. podia legalmente hacerlos castigar como traidores, sin embargo era mas conforme á su grandeza y magnanimidad, y mas conveniente á sus mismos intereses no usar con ellos

de todo el rigor de su justicia, pues por mas que fuese merecido aquel castigo, siempre sería muy pesado para la grandeza de Castilla ver que el Rey de Aragon trataba así á dos de sus miembros. Quien tenia la balanza en aquel negocio, como privado del Rey, era D. Pedro Ansurez, y éste era demasiado prudente y astuto para dar un paso de tal importancia, y que para siempre le cerraba la entrada de Castilla, si triunfaba el partido de la Reina, como era el de tomar parte en la ejecucion de Hernando y de D. Diego, quienes en su prision ignoraban absolutamente cuanto sobre ellos se trataba.

El paciente D. Diego Lopez llevaba con resignacion aquella calamidad, contentándose con rogar á Dios le sacase de ella; mas el iracundo Hernando, incapaz de sufrimiento, no reposaba un instante. Su imaginacion le presentaba ya el cadalso á que le seguian sus compañeros, ya una obs-

cura prision en que como él gemia su amigo D. Gomez; pero sobre todo las delicadas manos de la bella Leonor cargadas de pesados hierros, era la idea que mas le atormentaba. Entregándose otras veces á la mas ciega esperanza, veía triunfantes las armas de Candespina, creía arrancar con sus propias manos á Leonor del poder de los satélites aragoneses; y la mas dulce, la mas grata de las recompensas que podia imaginar, era la mano de su dama. Ora prorumpia en terribles maldiciones contra su destino. Ora, y eran las mas veces, imploraba uno despues de otro á todos los Santos del cielo, ofreciendo á este una novena, á aquel una misa para que milagrosamente le sacáran de allí. El Señor de Nájara oía tranquilamente sus arrebatadas espresiones, ó sus ruegos, y acababa siempre exhortándole á la paciencia, único recurso, en verdad, que entonces tenian, pero que Hernando

no podia tomar á menos, decia él, que no le hiciesen enteramente de nuevo.

«Decid lo que querais, D. Diego, le decia »Hernando: decid lo que querais, pero yo »jamás podré acostumbrarme á vivir encer- »rado entre cuatro paredes.— Acostumbra- »ros han por fuerza, replicó el de Nájara. »—Noramala nos acordamos de cazar. Lo »que mas me mata es ignorar absolutamente »qué es de la Reina, de D. Gomez y de.... de »Doña Leonor.—La Reina estará, ó presa, »ó en su palacio.—Sí; por fuerza en alguna »parte estará, y no deseo yo á S. A. que »esté como nosotros. Os juro por el Santo »de mi nombre que estoy desesperado.—Y »yo os lo creo, Hernando, sin que juréis; »pero hiciérades mejor en sosegaros, que »llevándolo con paciencia ganárais al me- »nos para con Dios.— Sí; bueno es rogar »á Dios, pero mejor sería ayudarnos noso- »tros en algo, pues estándonos así siem- »pre....— ¿Y está en nuestra mano hacer

»otra cosa?— Parece que no; pero discurrid
»á ver si encontrais algun medio para salir
»de aquí.— Que nos abran las puertas, y....
»—El dia que se abran acaso será para su-
»frir en un cadalso....— Dios nos defienda:
»mas hágase su voluntad.— Amen, amen;
»pero veamos, ¿no se podrian forzar los
»hierros de esta reja?— A menos que por
»un milagro no tengais de repente las fuer-
»zas de Sanson.— Cuerpo de mí; ¿y dos
»hombres que saben manejar lanza y espa-
»da han de morir aquí como perros? Mas
»valiera que aquellos almugavares hubieran
»concluido con nosotros.--Quién sabe. Tal
»vez el cielo nos prepara mejor suerte de
»la que pensais.— Tal vez, y entonces han
»de pagar aquel maldito dia en que nos de-
»jamos coger como en ratonera; si las ar-
»mas de los leales llegan á sacarnos de aquí;
»si una vez vuelve mi brazo á blandir la
»lanza; ¡ah, señores aragoneses! ajustaré-
»mos nuestras cuentas y no habeis de sa-

»lir alcanzados en golpes; no.— Nora-
»buena: mas quiero veros así.— Oíd, Don
»Diego, veis estos malditos vestidos de pie-
»les que nos pusieron aquellos salteado-
»res, los he conservado ambos desde aquel
»dia; y hasta que se los haga poner uno por
»uno á todos los caballeros de Aragon no
»he de sosegar.— ¿Sabeis qué me ocurre?
»— ¿Qué?— Que si una vez llegamos á
»poder salir de este encierro, esos vesti-
»dos facilitarian nuestra fuga.— Cierto, si
»encontramos un medio....— Puede ser.
»— ¡Dios mio! y ¿cuál es?— Esperad:
»déjame pensar un poco.— No; decid,
»decid, despues pensaréis.— Se trata de....
»Silencio: son nuestros carceleros.... des-
»pues hablarémos."

CAPITULO X.

No se engañó Don Diego; los que con su venida interrumpieron la interesante conversacion que con Hernando tenia, eran sus carceleros que venian á traerles la comida. Entraron, como siempre, silenciosos y comedidos en sus acciones, aunque adustos en el gesto; pusieron la mesa, en la cual sirvieron una comida no mezquina, y aguardaron, sin proferir una palabra, á que los prisioneros concluyesen de comer; cosa que no fue larga, pues preocupado el uno con el proyecto que para evadirse estaba formando, y ansioso el otro de saberlo, puede decirse que apenas tocaron los manjares que tenian delante. Llegó, pues, la para ellos suspirada hora de verse libres de la presencia de sus car-

celeros, y luego que estuvieron solos, Hernando impaciente por enterarse del proyecto de su amigo, acumulaban pregunta sobre pregunta y no dejaba proferir una palabra á Don Diego, quien acostumbrado á proceder en todo con admirable pausa y prolijidad, no sabia tampoco qué responder. Por fin, viendo el de Olea que nada sabria sino dejaba á su compañero de cautividad tiempo para coordinar sus ideas y esplicarlas á su modo, hubo de contenerse, y logró lo que tanto deseaba, que era enterarse del plan formado por Don Diego, cuyos pormenores omitirémos; pues habiendo de hablar de su ejecucion inmediatamente, sería ocioso decirlo de antemano. Baste saber que mereció la aprobacion de Hernando en todas sus partes, y que en cuanto á él, solo temia el Señor de Nájara que lo echase á perder por escesivo ardor.

Ya se ha dicho que á pesar de que se te-

nian con Don Diego y Hernando todas las consideraciones debidas á su calidad, eran sin embargo aquellas compatibles con la estricta vigilancia necesaria para guardar prisioneros de tal gerarquía; y por lo mismo se habia prevenido á sus carceleros que visitasen con frecuencia la prision, con el objeto de evitar que pudiesen ocuparse en forzar alguna reja ó buscar otro arbitrio para fugarse. La última de estas desagradables visitas que solian recibir nuestros cautivos, era pasada la media noche. Los carceleros entraban ambos con su linterna, armados cada uno de un puñal y daga: reconocian primero el aposento, y en seguida se acercaban cautelosamente cada uno á la cama de uno de los dos presos para asegurarse de que efectivamente estaban en ellas. Esta fue la hora que los dos caballeros escogieron para poner en ejecucion su peligrosa empresa. Pasaron las que le precedieron en un profundo si-

lencio, interrumpido solo ya por un suspiro, ya por una esclamacion involuntaria y aislada, ó por algunas frases de oracion que dirigian al Cielo para que les fuese propicio en aquel trance.

Lo mas difícil para ambos era fingirse dormidos tan perfectamente que sus carceleros no concibiesen sospechas y estuviesen desprevenidos; pero al cabo la indispensable necesidad de hacerlo, y el importante resultado que se proponian conseguir les ayudaron á verificarlo con toda la propiedad que podia desearse.

La una de la noche sería cuando el sordo ruido de llaves y candados anunció la llegada de los carceleros; rechinó la pesada puerta moviéndose sobre sus goznes, é iluminó el aposento la pálida y escasa luz de las linternas: la respiracion de ambos caballeros era igual y sostenida, y ni el mas perspicaz observador hubiera podido adivinar que realmente es-

taban dispiertos y luchando entre el temor y la esperanza.

«Duermen, dijo el castellano al aragonés. »—Para siempre habia de ser, replicó éste. »—Calla, no despierten y lo oigan.—Que »han de oir: ¿no oyes como ronca el pel»mazo de Don Diego?--No tardarémos, di»jo éste entre sí, en ver cual de los dos lo es »mas.—Puede ser, replicó el primer car»celero, sin dejar de reconocer el aposen»to: puede ser que no tarden en verificarse »tus deseos.—¡Ola! con que...--Sí; dicen que »los tratarán como merecen. — Es decir, »que les cortarán la cabeza—Eso mismo. »—Perro, iba á esclamar Hernando; pero »venturosamente pudo contenerse. — No »me pesaría, continuó el carcelero, que »fuera pronto." Y en esto, segun la costumbre que se ha dicho tenian: terminada la requisa de la prision dejaron las linternas en el suelo y se aproximaron cada uno á la cama de un prisionero. Si hubiera sido po-

sible ver el corazon de los dos caballeros castellanos en aquel crítico momento, sin duda que sin dejarse de hallar en ellos el valor que tan acreditado tenian en todas ocasiones, se hubieran visto la agitacion y la zozobra inseparables del hombre, en el instante de la ejecucion de un proyecto arriesgadísimo, y del que dependen la libertad y la existencia. Los carceleros satisfechos de que sus presos dormian, se volvieron ambos de espalda á los lechos de éstos para dirigirse á tomar sus linternas y marcharse; pero en el mismo instante ambos caballeros se les arrojaron encima con no vista presteza, y asiéndoles fuertemente del pescuezo dieron con ellos en tierra antes que pudieran proferir palabra, ni volver en sí del asombro que tan repentino é inesperado ataque les causó. «Si profieres un »ay siquiera eres muerto, miserable," decia Hernando al carcelero aragonés, poniéndole la rodilla al pecho, y amenazándole

con su propio puñal que acababa de arrancarle, así como la daga; mientras que Don Diego teniendo al suyo en una posicion semejante le intimaba con sosegado continente que no se meneára si queria vivir. «Toda resistencia es inútil, esclavos, dijo »Don Diego: ya estais desarmados, y los »dos hombres con quienes teneis que hacer, »valen algo mas que vosotros estando en »circunstancias iguales como ahora."—Señor.... empezó á decir el que estaba á los pies de Hernando; pero éste echándole mano á la garganta, y apretándosela con tanta fuerza que le hizo poner morado el rostro, «silencio, perro, le dijo; silencio ó va tu »alma adonde debe estar, que es en los in»fiernos."

«Tenedlo vos sujeto á ese, añadió Don »Diego, y vos, hermano, levantaos y tratad »de desnudaros lo mas pronto que sea posi»ble sino quereis probar el temple de vues»tro propio puñal."

Obedeció trémulo y consternado el carcelero á lo que se le mandaba; y luego que hubo concluido volvió á echarse en el suelo, adonde Don Diego le ató pies y manos con las sábanas de su cama, tapándole la boca con un pañuelo: de modo que no podia moverse ni pedir auxilio.

La misma operacion se hizo inmediatamente con el otro; pero fue ayudándole su vencedor Hernando á despojarse de sus vestidos con maneras harto desabridas, y haciendo brillar contínuamente á sus ojos el terrible puñal.

El silencio de la noche, la escasa luz de las linternas, la terrible agitacion de los cuatro actores, y hasta la misma desnudez en que quedaron dos de ellos, todo contribuía á dar á la singular escena que estamos describiendo un aire de sombría originalidad mas fácil de concebir que de esplicar. Desnudos pues ambos carceleros, y asegurados en la forma que del primero se dijo,

se disfrazaron Hernando y Don Diego con sus vestidos, sin olvidarse de las armas, ni menos del manojo de llaves que uno de ellos llevaba; y en seguida tomando cada uno de ellos un lio que de antemano tenian hecho y oculto, salieron de su prision encomendándose á Dios fervorosamente; y cerraron despues las puertas con las mismas precauciones que para que quedasen seguros hubieran podido hacerlo los dos carceleros, cuyo papel representaban.

Ni Hernando ni Don Diego habian visto de la cárcel en que estaban mas que el cuarto que les servia de prision, fuera del dia que entraron en ella; pero la impresion que hizo en ellos aquel fue bastante, para que ayudados con la luz que llevaban y marchando con precaucion llegasen hasta el cuerpo de guardia, en el que los soldados dormian sosegadamente: atravesáronlo sin que el que estaba de

centinela se lo estorbase, pues por el trage creyó ser los carceleros, y se pusieron en la calle.

Sin embargo de haber logrado esta dicha, su posicion no dejaba de ser de las mas críticas: en Soria no tenian mas que enemigos; y si existia alguno que no lo fuese, para ellos era desconocido. Ignorando absolutamente cuanto pasaba fuera de su prision, no sabian si la Reina estaba ó no en Soria, y aunque estuviese, pensaban con razon, que dependiendo de su esposo no podria serles de ninguna utilidad. ¿Qué hacer? ¿A dónde dirigirse? ¿A quién pedir auxilio? Su fuga no podia ignorarse por largo tiempo; y los de la faccion aragonesa pondrian en campaña un sinnúmero de satélites para buscar al Señor de Nájara y al amigo del Conde de Candespina. Todas estas, y otras reflexiones semejantes, no menos embarazosas que desagradables, las iban haciendo entre sí los dos fugitivos,

alejándose á paso largo de su prision, y llevando por acompañamiento el ladrido de los perros, únicos vivientes que á tales horas andaban por las calles. Despues de caminar así un cuarto de hora sin direccion marcada, dando vueltas por las calles de la ciudad llegaron á una estrecha callejuela á espaldas de una iglesia; y pareciéndoles paraje seguro, se pararon en ella para tomar aliento y decidir qué era lo que debian hacer. Empezaron por despojarse de los vestidos de carceleros, ocultándolos entre un monton de piedras y ponerse los de almugavares, que con este intento habian sacado de la prision; y despues de haberse mútuamente propuesto y desechado varios planes, como absurdos unos, é impracticables todos, careciendo absolutamente de conocimiento del terreno y conexiones que pudieran auxiliarles, resolvieron ponerse en manos de la Providencia y aguardar que amaneciese, co-

sa que no estaba lejos, pues la noche se les habia pasado con presteza en medio de sus sobresaltos y trabajos para ponerse en libertad.

No tardó mucho en efecto en venir la aurora; cesó el monotono son de los ladridos de los perros, y empezaron á abrirse las puertas de las casas: pero no se veía salir de ellas al pacífico labrador dirigiéndo tranquilamente su yunta, sino á caballeros armados de punta en blanco, seguidos de sus pages y escuderos; á simples soldados cubiertos con el morrion, embrazado el escudo y al hombro la pica; y á poquísimos ciudadanos, que en el aire silencioso y abatido no mostraban el natural desembarazo de los que exentos de penas caminan en su propia ciudad.

Todo esto lo observaban nuestros dos amigos con no poca sorpresa, admirándose al mismo tiempo de que nadie reparaba en su traje, que aunque no podia ser es-

traño en pueblo donde hubiese tropas aragonesas, era sin embargo por su naturaleza bastante á llamar la atencion del vulgo; pero en esta parte cesó su asombro, viendo á poco que diferentes grupos de gentes vestidas como ellos, esto es, de verdaderos almugavares atravesaban la ciudad en diferentes direcciones; y sino llevaban concierto marcial, porque en aquella tríbu no se conocia, sin embargo, la hora, las armas, y el aire presuroso y afanado, parecian indicar que iban destinados á algun servicio militar.

Los dos fugitivos resolvieron reunirse á uno de aquellos grupos y seguirlo, pues al cabo de este modo llamarian menos la atencion, y acaso podrian encontrar medio de salir de la ciudad. Como cincuenta de aquellos salvajes pasarian en banda cuando acababan de formar Hernando y Don Diego el proyecto dicho., y uniéndose á ellos sin vacilar siguieron su movimiento, sin

que ninguno los mirase ni reparára en su aparicion. Poco tardaron en verse en la muralla y puerta de la ciudad: la banda hizo alto; su gefe conferenció algunos momentos con un caballero que allí estaba, para recibir órdenes sin duda, y en seguida salieron todos al campo con no poca satisfaccion de los dos castellanos.

CAPITULO XI.

En tanto que pasaba en Soria lo que llevamos referido, ardia el campo de los caballeros castellanos en contínuas discordias. La poca actividad de D. Alfonso y la insurreccion de Galicia, aumentando el número de los conjurados, inspiraron á sus gefes sobrada presuncion y confianza. El orgullo aristocrático de cada uno de ellos, hacia que todos en particular creyesen, ó que eran acreedores al supremo mando, ó al menos que podian obrar libre é independientemente de toda autoridad. El Conde de Candespina era sin duda la persona á quien con menos repugnancia obedecian, y tal vez la fuerza de la opinion pública, que le era estremadamente favorable, y sus numerosos vasallos y partidarios, hubieran bastado á asegurarle una do-

minacion tranquila, si el destino no le hubiese suscitado un terrible rival en la persona del Conde D. Pedro de Lara. Envanecido éste con los dones de la fortuna, su ilustre nacimiento, y la seductora presencia de que la naturaleza le dotó, no podia sufrir la idea de que hubiera quien en nada le fuese superior; pero escaso de la energía necesaria para poder luchar á cara descubierta con D. Gomez, objeto perpétuo de su envidia, no descuidó ninguno de cuantos ardides y astucias se hallaron á su alcance para perjudicarle en la opinion del ejército. Nada es mas fácil desgraciadamente que poner en oposicion al que obedece con el que manda: cuántas incomodidades y fatigas son anejas al ejercicio de las armas; cuántas privaciones lleva consigo la guerra; y hasta la misma lentitud que la fuerza de las circunstancias imprimia á las operaciones de aquella campaña, fueron atribuidas mañosamente por

los ocultos emisarios del de Lara, á incuria ó impericia del supremo caudillo.

El confuso y recatado murmurar del soldado, la taciturnidad de los oficiales subalternos, y la jactanciosa altanería de muchos de los caudillos, hicieron conocer á D. Gomez, que un genio enemigo de su dicha y de la independencia de Castilla, se ocupaba en trastornar sus planes los mejor combinados. La cólera y el dolor se disputaron la posesion de su alma por algun tiempo; mas venció al fin la prudencia auxiliada por el amor. Por el interés de la causa comun y en beneficio de la Reina, resolvió sacrificar sus resentimientos: reunió un consejo, manifestó en él las razones poderosas, porque no habia juzgado prudente hacer mas que bloquear á Soria, y añadiendo que le parecia harto pesada la carga del mando para llevarla solo, pidió que se le diese un colega que alternase en él; y suplicó, á pesar de saber

los malos oficios que le debia, que este fuese el Conde D. Pedro de Lara. El consejo convino sin grandes dificultades en el nuevo nombramiento, y satisfécha por un momento la ambicion del Conde de Lara, pareció que las cosas volvian á tomar un aspecto mas sereno. Los dos caudillos resolvieron de comun acuerdo que cada uno de ellos tendria el mando durante ocho dias, sirviendo este tiempo el otro como simple voluntario, para que de este modo pudiese haber mas unidad en las operaciones. Llegado el turno del Conde de Lara, deseoso de ganarse el amor de los soldados, y confiado en las pocas tropas que D. Alfonso tenia en Soria, lo primero que hizo fue mandar mover el campo para estrechar el bloqueo y convertirlo segun anunció en asedio, abandonando por consiguiente las primitivas posiciones en las montañas, que D. Gomez se habia tomado con el objeto de impedir la llegada de

nuevos tercios enemigos; cosa harto fácil conservándose dueño de sus angostos desfiladeros, y casi imposible al contrario.

Los soldados, prontos siempre á juzgar por las apariencias, aplaudieron con entusiasmo lo que ellos llamaban el valor de su nuevo general; y el Conde D. Gomez, fiel á su contrato, vió dolorosamente, pero en silencio, perderse en un instante todo el fruto de su paciencia y talento. Siguió empero la marcha del ejército; presenció como este se acampaba, con poca menos precaucion de la que hubiera podido emplearse si el enemigo se hallase á cien leguas; y previó la ruina completa de Castilla.

D. Pedro Ansurez, de quien no se dudará que tuviese espías en el campo castellano, oyó con el mayor placer la noticia de la division del mando entre los dos Condes; pero su gozo llegó al colmo cuando supo el imprudente movimiento de D.

Pedro de Lara. Volvieron á renacer en su corazon las casi amortiguadas esperanzas del triunfo de los aragoneses; y una circunstancia tan imprevista como feliz, vino, por decirlo así, á sobrepujar sus mas ardientes deseos. Hallábase una mañana ocupado en el exámen de varios papeles relativos á asuntos del estado, envuelto en una especie de ropaje talar á manera de bata, de color escarlata ricamente bordada en oro; y cubierta la cabeza con un casquete del mismo color, cuando uno de sus criados se presentó diciéndole, que uno de los hombres de armas que estaban de guarda en las puertas de la ciudad habia venido á conducir á un castellano desertor del campo enemigo, quien absolutamente queria hablar con el Conde en persona. Éste, que no anhelaba otra cosa mas que enterarse á fondo de lo que pasaba en los reales de los grandes de Castilla, mandó que entrase el prófugo sin demora, y se

dispuso á emplear, para saber de él la verdad, su conocida y admirable astucia. Pocos minutos tardó en hallarse el desertor en su presencia: era al parecer hombre de unos cuarenta años de edad; de recia y nervuda complexion; y á pesar de que en general su porte era grave y mesurado, se veía sin embargo en él cierta humildad, que denotaba bien á las claras no ser su nacimiento de los mas distinguidos; pero como quiera que sea, la tosca regularidad de sus facciones, y la fria tranquilidad de sus miradas, denotaban un alma intrépida y una conciencia tranquila, cosas bien opuestas á la justa nota de infamia que siempre ha llevado consigo el vil que abandona sus banderas. Todo esto lo observó el Conde de Ansúrez en un instante: miróle atentamente con aquel aire escudriñador y altanero, propio del hombre constituido en alta dignidad con los que le son infinitamente inferiores: el castellano conser-

vó su aire sumiso aunque no abatido, sufriendo con inalterable impavidez, no solo aquella especie de exámen preliminar, sino tambien el interrogatorio que le siguió inmediatamente.

Como es de presumir, quien rompió primero el silencio fue el Conde, diciendo así. «¿Quién sois?— Un castellano; mi »nombre es Millan.— ¿Érais soldado en »el campo del Conde de Candespina? »— Sí señor, su vasallo y criado años ha. »—¡Santo cielo! esclamó el Conde pudien»do apenas contener su gozo; ¿criado del »Conde de Casdespina? — Sí señor, lo »he sido mucho tiempo....— ¿Y cómo ha»beis dejado su servicio?— Me afrentó; »juré vengarme, y lo cumpliré.— ¿Os a»frentó? ¿El? ¿El Conde de Candespina, »tan decantado por su justicia é imparcia»lidad? Algun motivo daríais para ello, »hermano.— Ninguno, mas que haber »osado motejar su.... su traicion al Rey.

»—¿Y por eso solo os afrentó?— Por »eso me mandó tratar como al mas mi»serable de sus esclavos; por eso he ju»rado tomar venganza de él; y por eso »he venido á buscar á Vueseñoría.— No»rabuena; sosegaos que Dios mediante se »lograrán vuestros deseos, y el traidor pa»gará su delito.— Amen: la traicion debe »sufrir su pena.— Así será. ¿Cuándo sa»lísteis del campo?—Esta noche.—¿Quién »mandaba en él?— El Conde D. Pedro »de Lara.— ¡Ola! ¿El galante, el afe»minado D. Pedro?— El mismo.— ¿Y »sabeis vos cuáles son sus proyectos? »—Los soldados dicen que asaltar á So»ria.— Loado sea Dios, que le faltan las »fuerzas y le sobra la presuncion. ¿Ha de»jado algun cuerpo de tropas en la en»trada de los montes?— Ninguno.— No »tiene el Rey D. Alfonso quien le sirva »mejor que el bueno de D. Pedro. ¿Y qué »hace en tanto el Conde de Candespina?

»—Andar errante como un aventurero.
»—Mucho le gustan á su Señoría los lan-
»ces estraordinarios.— Si Vueseñoría me
»auxilia, yo le prometo proporcionarle uno
»bien singular, y que podrá ser el último.
»—¿Cómo?— Trayéndole á Soria.— Mu-
»cho prometeis.— Mas haré.— Lo ve-
»rémos."

Aquí suspendió el Conde sus preguntas, para entregarse al parecer á una profunda meditacion: levantóse de la silla y empezó á pasearse lentamente por el aposento, parándose alguna vez para fijar la vista en el soldado, quien impasible como una estátua no movía pie ni mano, ni como vulgarmente se dice, pestañeaba siquiera. Por fin, pasados algunos minutos, tomó el semblante de D. Pedro aquella espresion positiva que denota haber decidido el camino que ha de seguirse en un asunto de grande importancia; y volviendo á tomar el hilo de la conversacion, dijo á

Millan: «oidme, hermano, y haced bien »vuestras cuentas: cualquiera que sea el mo- »tivo porque hayais abandonado el campo »de los rebeldes, y venido á uniros á los »leales, vuestra suerte está asegurada si cum- »plís con la obligacion de un buen soldado; »contentáos pues con esto, ó si persistís en »la oferta de poner al traidor Conde de Can- »despina en poder de su Rey, mirad que »garantías me ofreceis....— Mi cabeza res- »ponde si no salgo con la empresa.—Acep- »to la fianza, y os ofrezco una buena re- »compensa si la lograis.— Ver aquí al Con- »de es la única que apetezco.— Sea: yo me »encargo de que no tengais de que queja- »ros si llegáre á venir. Pero veamos cómo »pensais poner en práctica el tal proyecto. »—El Conde con un corto número de ser- »vidores tiene su cuartel separado del resto »del ejército, los dias en que como ahora »no está á su cargo el mando; por la noche »es estremada la vigilancia con que están

»los suyos, mas apenas amanece, la mayor »parte se echan á dormir. Treinta hombres »de armas guiados por mí podrian llegar »hasta la misma tienda del Conde sin ser »vistos, y entonces....— Estais entendido. »Seguidme." Y diciendo así, salió del aposento y condujo á Millan á otro en lo mas apartado de la casa, donde habiéndole hecho entrar lo cerró con llave. En seguida puso un criado de centinela á la puerta con las mas estrechas órdenes para no permitir que ninguna persona se aproximára á hablar con el castellano, y volvió á su gabinete, al cual hizo llamar á diversas personas de las que en su servicio le merecian mayor confianza para darles las instrucciones que en adelante se verán.

CAPITULO XII.

Estraordinario fue el movimiento que hubo en la posada del Conde D. Pedro Ansurez desde la llegada de Millan: todos los servidores del privado tenian cada uno su particular comision, sin que ninguno, empero, supiera el motivo y objeto de lo que se le encargaba: mas esto no era para ellos en ningun modo nuevo, pues casi siempre les sucedia lo mismo. Lo singular es que D. Pedro no pusiera en conocimiento del Rey una noticia de tanta importancia; pero su interés le aconsejaba tenerla oculta por dos razones: primera, que decirla antes de haber completamente ejecutado su designio era llamar mucho la atencion hácia Millan, haciendo que sobre él recayese todo el mérito de ella; y la se-

gunda, que en caso de frustrarse, siempre achacarian al Conde no haber puesto de su parte todos los medios conducentes para el logro.

Sirviéronse á Millan las comidas regulares en el aposento que le servia de cárcel, y ni él hizo la menor pregunta á los criados del Conde, ni contestó mas que por monosílabos á las que ellos se atrevieron á dirigirle. En vano el observador mas perspicaz hubiera querido hallar la menor señal de agitacion, temor ni remordimiento en el rostro del soldado: su frente despejada, su mirar sereno, y el sosegado comedimiento de todas sus acciones indicaban mas bien el hombre honrado pronto á correr un grave riesgo en defensa de la virtud, que al vil traidor dispuesto á entregar en manos de sus mas crueles enemigos á su natural Señor. Don Pedro de Ansurez, informado por sus criados de la tranquilidad de su prisionero,

juzgó que nacía de las esperanzas que tenia de ver satisfecha su venganza; y se confirmó en la idea de llevar adelante aquella empresa. Vuelto á conducir Millan á la presencia del astuto Conde, fue de nuevo interrogado por él sobre los mismos puntos poco mas ó menos que en su primera entrevista, pero de diferentes modos, contestando siempre lo mismo, sin que las sutilezas del de Ansurez fueran poderosas á hacer que se contradijera en nada, ni se turbára un instante.

«Bien, dijo el Conde despues de mas de »una hora de conversacion, bien: estoy sa»tisfecho de que obrais de buena fé. Decid»me ahora, dónde está situado el cuartel »de vuestro antiguo amo.—Ya he dicho á »Vueseñoría, y lo repito, que yo conduciré »á él á los que hayan de prenderle.— Pero »decidme dónde.—No señor.—¿Y por qué? »—Porque eso sería renunciar á mi vengan»za.— No lo entiendo.— Quiero verle yo

»mismo caer en poder de sus enemigos; »quiero presenciar su abatimiento; en una »palabra, he jurado morir ó traerle aquí por »mi propia mano.— Norabuena. ¿Qué gen»te necesitais?— Treinta hombres de ar»mas.— Pocos me parecen.— Sobrados »para una empresa como esta; y advierto »á Vueseñoría que deben venir desmonta»dos.—Sepamos la razon.—Porque el Con»de de Candespina ha situado sus pabello»nes en un paraje quebrado, donde no solo »sería muy prolijo caminar á caballo, sino »que es verdaderamente un imposible ha»cerlo sin ser descubiertos.—Aguardad: pa»ra mayor seguridad iréis todos disfrazados »con un traje, que encubriendo las armas »os haga menos visibles.— Nada sería mas »conveniente.— Os vestirémos de almuga»vares: idos á descansar, que mañana con »la voluntad de Dios saldréis de aquí an»tes de amanecer.— Y antes de medio dia »habréis visto al Conde de Candespina.

»— ¡Dios lo haga! y lo demas dejadlo por »mi cuenta."

En efecto, á la mañana siguiente salió Millan á la cabeza de unos cincuenta hombres armados y cubiertos con traje de almugavares; pues el Conde se obstinó en que no llevase menos de este número: pero la Providencia dispuso que aquel disfraz que hizo tomar á su gente el de Ansurez para mejor logro de sus proyectos, sirviese únicamente para contrariarlos y favorecer la fuga de D. Diego Lopez y Hernando de Olea. Tan felices fueron estos, que acertaron á quebrantar su prision precisamente la noche que precedió á la mañana señalada para la ejecucion del pérfido proyecto del traidor Millan, y el grupo de supuestos almugavares á que hemos dicho se unieron, saliendo con él de la ciudad, era precisamente el de los hombres destinados á prender al Conde de Candespina. Don Pedro Ansurez habia calculado muy

bien que el traje de almugavares debia encubrir mejor el proyecto de los suyos; pues aunque aquellos montañeses formaban conocidamente parte del ejército aragonés, como solo se ocupaban en talar los campos é interceptar convoyes, sin atacar nunca á ningun cuerpo de tropas regulares, no podrian alarmar al campo castellano aunque fuesen vistos desde él.

Como media legua andarian, siempre con el mayor silencio siguiendo á Millan, quien á la cabeza de ellos marchaba con notable desembarazo y visible contento; pero ya á esta distancia de Soria, y no hallándose aun bastante próximos al enemigo para recelar el ser oidos, creyeron los aragoneses que podian permitirse alguna mas libertad, y se trabaron entre ellos algunas conversaciones, cuyo objeto, como es fácil de presumir, fue la empresa á que iban destinados. Grande fue la sorpresa de los dos caballeros fugitivos oyendo á

los que suponian almugavares hablar tan claro el castellano, que no les pudo quedar duda ninguna de que no pertenecian á la tríbu errante cuyo traje vestian. «Estos »son aragoneses disfrazados y no almuga»vares, dijo Hernando al oido á su com»pañero. — Callad, le contestó éste con »voz tan baja que apenas se oía: callad, »por vida vuestra, sino teneis ganas de vol»ver á la prision de Soria." Siguió Hernando tan saludable consejo, y ayudóle á no quebrantarlo el llamarle la atencion lo que delante de él iban hablando en voz inteligible, aunque baja, dos aragoneses. «Es »imposible, decia el uno, que haya hombre »mas afortunado que el tal D. Pedro An»surez.— Todo se le viene á la mano, con»testó el otro. — Y tanto; por dónde dia»blos se le ha antojado al Conde de Can»despina maltratar á un criado suyo para »que éste se pase á nosotros y nos lo pon»ga en las manos.— ¿Con que ese Millan

»es su criado? — ¿Pues qué no lo sabias?
»—¡Millan traidor! dijo Hernando á Don
»Diego, apenas puedo creerlo. — Silencio
»y oigamos, replicó el Señor de Nájara.
»—Lo que oyes, continuaba el aragonés.
»—Pues eso es venderlo como un Judas.
»—Lo mismo. A decir verdad es una villa-
»nía. — Ya se ve; pero el Conde no repara
»en niñerías. — Con tal que logre su fin.
»—Por logrado: Millan conoce el terreno:
»llegamos á la tienda del de Candespina sin
»ser vistos....—Y lo despachamos al otro
»mundo. — Nada menos que eso. Viene á
»Soria con nosotros. — Muy enterado estás.
»—Cuando el Conde daba á Millan las úl-
»timas instrucciones estaba yo presente, y
»por eso lo sé todo."

Por este órden continuaron discurriendo sobre la materia, dejando á D. Diego y á Hernando perfectamente enterados de la inicua trama del Conde de Ansurez y Millan contra el noble D. Gomez. Hervía-

les de cólera la sangre en las venas; pero como dos hombres casi inermes nada podian hacer contra cincuenta bien armados, hubieron de resolverse á aguardar el momento crítico para emplearse en salvar á su comun amigo, ó morir en la demanda. Llegados al pie de una pequeña colina, mandó Millan hacer alto para subir á su cima, dijo, á ver si habia enemigos en campaña, como en efecto lo hizo; y no contentándose con examinar los alrededores, desde lo mas alto del terreno, bajó algun tanto de la pendiente del lado opuesto al en que estaban los aragoneses, desapareciendo por un breve rato á su vista. Poco tardó en volver á mostrarse de nuevo sobre la altura, y haciendo seña con la mano, rompió la marcha la tropa; y en breves instantes se halló tambien en la cima de aquella colina, una de las que rodeaban un pequeño valle que al pie de ella se veía. Bajaron á él los aragoneses y si-

guieron marchando sin ningun concierto, pues Millan les anunció que aun les quedaba que andar bastante para llegar á su destino; pero no tardaron en arrepentirse de su negligencia, pues habiendo llegado poco mas ó menos al centro del valle, vieron salir de las gargantas de los pequeños montes que lo formaban diversos destacamentos de caballería que dirigiéndose sobre ellos á todo escape, los rodearon completamente antes de que pudieran volver en sí de su asombro, ni menos concertarse para la defensa. «Rendíos todos, ó muer»tos sois" gritó un caballero, cuya voz era tan conocida como grata á los oidos de D. Diego y Hernando. «Depónganse al mo»mento las armas ó á nadie se dá cuartel" continuó el Conde de Candespina, pues en efecto era él quien á la cabeza de un escuadron de sus vasallos habia sorprendido á los aragoneses. Fácil es de presumir que estos se sometieron sin replicar

á su mala suerte, porque los castellanos les eran superiores en número, y ellos esperaban tan poco aquel ataque, que aún habiendo sido tantos como sus enemigos no hubieran osado resistirles.

Todo esto fue obra de tan breves instantes que apenas dió tiempo á D. Diego y á Hernando, para que arrojando al suelo los antifaces que les ocultaban el rostro, y atravesando con no vista precipitacion la tropa de los consternados aragoneses, se presentasen al Conde de Candespina; cuyo asombro fue indecible viéndolos en aquel punto y traje.

«¡Hernando! ¡Don Diego! esclamó: ¿sois »vosotros? ó estoy soñando.—No, Conde, »á Dios gracias, contestó Hernando cor»riendo á él y estrechándolo en sus brazos. »—Nosotros somos, dijo D. Diego sosega»damente teniéndole la mano; y á fé que »buen susto hemos pasado por vos toda es»ta mañana.—¿Dónde está ese perro de

»Millan? esclamó Hernando: entregádmelo »que yo haré justicia de él.--Sosegaos, Her- »nando: las apariencias os han engañado: »nunca me ha sido Millan mas fiel que aho- »ra.—¿Con que por vuestra órden, dijo Don »Diego, ha ido á Soria?—Sí, D. Diego, por »mi órden.—¿Y es posible, D. Gomez? in- »terrumpió Hernando.—Suspended el juicio »y no condeneis precipitadamente á vuestro »amigo. Tanto me repugna como á vos va- »lerme de mañas y arterías, pero con el »Conde D. Pedro Ansurez la espada es inú- »til, y si supiérais en qué pie están las cosas »en nuestro propio Campo....—Perdonad, »Conde, perdonad á vuestro amigo una in- »digna sospecha.—La dicha de teneros á »mi lado, caballeros, me ha hecho olvidar »lo principal: Millan, ejecuta lo que ya sa- »bes, y vos D. Diego y Hernando venid »conmigo y os enteraré de un arriesgado »proyecto cuya ejecucion tengo por cierta »contando con tales auxiliares como vos."

Dos soldados cedieron sus caballos á los dos caballeros, que montando en ellos y siguiendo á D. Gomez hasta su tienda, que poco mas allá del valle estaba, mudaron en ella de trajes, y supieron del Conde de Candespina cosas que el lector sabrá en los capítulos siguientes.

CAPITULO XIII.

Volvamos por un momento á Soria. La noche de la fuga de los caballeros castellanos se pasó sin que los soldados que guardaban la prision tuvieran de ella la menor sospecha. Los carceleros imposibilitados de moverse ni gritar, no pudieron dar la alarma, y pasaron muchas horas en una verdadera agonía. Gran parte de la mañana siguiente se pasó del mismo modo, hasta que estrañando los soldados la falta de los carceleros á cuidar de sus presos, dieron parte de ella á su gefe, quien inmediatamente la puso en noticia del Conde de Ansurez; y éste mandó á uno de los oficiales de su casa que fuera á reconoce la prision. Hízolo así, y despues de haber registrado inútilmente todas las estancias

de ella, para buscar las llaves del cuarto en que se suponia á D. Diego y á Hernando, se decidió á forzar la puerta, y halló al castellano y al aragonés en el mas lamentable estado. Tendidos en el suelo y atados de pies y manos, como se ha dicho, no podian hacer movimiento alguno; y á mas, el paño con que á cada uno de ellos taparon la boca los prófugos, les embarazaba de tal modo la respiracion que estaban como asfixiados, y si hubieran continuado así mucho tiempo, tal vez habrian perdido la vida; mas luego que pudieron respirar libremente recobraron el sentido é hicieron relacion de su desgracia, adornándola, como es de costumbre, con todas cuantas circunstancias les parecieron mas á propósito para escitar la compasion y disminuir la vergüenza de su vencimiento. El oficial del Conde manifestó compadecerlos; pero no por eso dejó de conducirlos consigo á presencia de aquel, para

que respondiesen á los cargos que tuviera por oportuno hacerles. Supo pues el Conde de Ansurez por boca de los mismos carceleros la fuga de los dos prisioneros que él estimaba en tanto, convenciéndole el demudado rostro de aquellos miserables, y la deposicion del oficial de que estaban inocentes en tan desagradable acontecimiento. No es difícil figurarse que D. Pedro vió con pesadumbre frustrarse las esperanzas que tenia de que un dia pudieran serle útiles los dos caballeros en su poder; pero tambien es cierto que la idea de ser en breve dueño del caudillo y sostén del partido de la Reina, contribuyó no poco á mitigar su pena. Ordenó, empero, que se practicasen las mas vivas diligencias para buscar en Soria á los dos fugitivos; pues en cuanto á que hubiesen salido de ella no lo temia, estando prevenido que nadie pudiera hacerlo sin un pase firmado de su propia mano. Inmediatamente se pusieron

en campaña una multitud de aquellos hombres que en todas épocas y estados hay, ha habido y habrá, que tal vez son necesarios y útiles, mas que siempre llevan consigo una odiosidad inseparable de los servicios á que se les destina: es decir, que gran número de espías del Conde Don Pedro Ansurez tomaron á su cargo averiguar el paradero de D. Diego y Hernando, cosa que no podian lograr, porque cuando empezaron sus pesquisas ya los dos fugitivos estaban en salvo.

Esta circunstancia aumentó notablemente la inquietud con que D. Pedro Ansurez esperaba el regreso de Millan trayéndole prisionero al Conde de Candespina, á quien contaba presentar en triunfo al Rey, prometiéndose por ello no pocas mercedes. Hubiera dado todo el oro del mundo porque el tiempo apresurase su movimiento, apenas perceptible para él entonces; y era tal su impaciencia que es-

taba en el caso de aplicarle aquellos versos de Melendez que dicen:

«Los dias, que confiado
»quieres hora apresurar,
»un tiempo te ha de pesar
»que hayan tan presto llegado.''

Mas como quiera que sea, lo cierto es que pasó en una ansiedad inesplicable algunas horas, hasta que poco despues de medio dia se presentó un criado anunciando que desde la muralla se descubria como regresaba á Soria la tropa que habia salido aquella mañana de la ciudad. «Vuelve corriendo á la puerta para que »de ningun modo sean detenidos en ella; »que vengan aquí sin pararse en parte al»guna; y sobre todo, que no se separe de »la tropa ningun individuo. Todos sin es»cepcion han de venir á mi presencia. Mar»cha; vuela.''

Esto dijo el Conde á su criado, quien partió como un rayo á poner sus órdenes en ejecucion. Como media hora despues se oyó un confuso rumor de armas en el zaguan de la casa, y subieron apresuradamente la escalera con Millan, un hombre armado de punta en blanco, mas sin espada ni otra arma ofensiva, que parecia venir preso, pues iba siempre seguido de dos almugavares que no se separaban un punto de él, y otros cuatro ó cinco tambien almugavares. Apenas se sintieron los pasos en el salon, cuando entreabriendo el Conde la puerta de su gabinete, el primer objeto que hirió su vista fue el armado caballero que hemos dicho, cuyo rostro no le permitió descubrir la visera del yelmo que llevaba calada; y pudiendo apenas hablar con el sobresalto, preguntó: «¿Millan, »es él? — Sí Señor: he cumplido mi pa»labra; el Conde de Candespina está en »vuestra presencia." Estas últimas palabras

las dijo ya Millan en el gabinete de Don Pedro Ansurez, en el cual entraron tambien cuantos le seguian. Inmediatamente uno de ellos cerró la puerta; dos, sacando los puñales, asieron al Conde Ansurez de ambos brazos, y poniéndole las puntas en el pecho le intimaron el silencio pena de la vida; y el caballero armado alzándose la visera dejó ver las nobles facciones del Conde de Candespina.

«Traidores", fue la única palabra que pudo articular Don Pedro Ansurez. «Aquí »no hay ninguno mas que tú," le replicó Hernando, que era uno de los supuestos almugavares que custodiaban al Conde. — «Basta, Hernando: recordad vues»tras promesas de prudencia. Conde D. Pe»dro, el cielo es justo en sus decretos; los »malos podrán triunfar un momento, pero »tarde ó temprano llega el dia en que le »dan cuenta de sus culpas: vuestra hora »ha llegado tal vez. Preparábais un supli-

»cio á un hombre sin mas delito que el de »amar á su Patria; y habeis caido en su »poder. Un solo medio os queda para sal»varos, aceptadlo ó resolveos á morir. »—¿Qué se exige de mí? dijo el de An»surez, mas muerto que vivo.—Que pon»gais á la Reina en nuestras manos.—Y á »Doña Leonor de Guzman, añadió Her»nando.—Pedís un imposible, contestó »el Conde D. Pedro: la Reina se halla aho»ra en su palacio en poder del Rey su es»poso, y Doña Leonor en un convento »en reclusion....—El tiempo vuela, caba»lleros, dijo rompiendo el silencio por »primera vez D. Diego Lopez; el tiempo »vuela y los instantes nos son preciosos. »—Sobrada razon teneis: omitamos in»útiles digresiones: vais á conducirnos, »Conde de Ansurez, á presencia de S. A. »—¿Yo, D. Gomez?..¿Yo? ¿y cómo puedo... »—Vos podeis y lo haréis, ó de no vais »á la eternidad antes de dos minutos. Ju-

»rad por los Santos Evangelios que ni con »palabra, ni con gesto, ni con seña, ni »por escrito, haréis accion que pueda des»cubrirnos, y vamos á seguiros al cuarto »de la Reina D. Diego, Hernando y yo. »—Pero Conde....—¿Jurais ó no?" Esta pregunta del Conde fue acompañada con un gesto de Hernando tan significativo, que pareció decidir la perplejidad del Conde, quien juró cuando le dijeron que jurase. Hiciéronle entender á mayor abundamiento, y para mas garantía del cumplimiento de su promesa, que perderia la vida en el momento en que ni remotamente diese motivo á sospechar que iba á faltar á ella.

El lector sin duda habrá comprendido, que viendo el Conde de Candespina el mal aspecto que presentaban las cosas en su campo, en razon de la discordia que en él reinaba, conoció que el único medio para salir con su empresa adelante, era intentar

alguna otra espedicion no menos aventurada y peligrosa que la de Castelar; y el conocimiento que del carácter de D. Pedro Ansurez tenia, fue el que le hizo concebir el proyecto de enviar á Millan á Soria, á proponerle poner su persona en manos del Rey de Aragon; y envolviéndole en sus propias redes obligarle á contribuir á que la Reina recobrase su libertad. Surtió en efecto este espediente, como hemos visto, todo el buen éxito que de él podia esperarse, hasta el momento en que ya resuelto el Conde prestó su juramento y se trató de marchar á palacio. El Conde de Candespina para no ser conocido tenia bastante con bajarse la visera, y D. Diego y Hernando venian á prevencion armados debajo del vestido de almugavares: Millan, que reputado por desertor del campo castellano, podia presentarse sin recelo, salió á traer dos celadas que de parte del Conde de Ansurez pidió á sus criados, y

encubiertos ya los tres, salieron con él hácia palacio, en tanto que el criado de Don Gomez con el resto de la tropa marchó á esperar el resultado en la misma puerta de la ciudad, por donde acababan de entrar.

CAPITULO XIV.

En medio de la temeridad que bajo cierto aspecto aparecia en toda la conducta de D. Gomez y sus amigos en este asunto, es preciso confesar sin embargo que el Conde de Candespina supo aprovecharse con estremada sagacidad aun de las mismas circunstancias que mas contrarias podian serle. ¿Quién en efecto viendo á D. Pedro Ansurez caminar por las calles de Soria con direccion al alojamiento del Rey de Aragon, acompañado por tres hombres completamente armados, cuyo reposado continente y gravedad en la marcha no descubria la menor agitacion; quién, decimos, hubiera podido figurarse que el mayordomo mayor de la Reina iba allí prisionero en poder de sus mayores enemigos? ¿A quién se le podria ocurrir que

aquellos tres guerreros fuesen nada menos que el mismo Conde de Candespina y sus dos mas íntimos amigos? Sin duda que á nadie; y el mismo D. Pedro podia apenas persuadirse de que no fuera un sueño lo que por él estaba pasando. Todas estas consideraciones, tan naturales, y de tanto peso en el ánimo de un hombre incapaz de conocer el miedo, alentaron sobremanera al Conde de Candespina; mas no por eso dejó de tomar todas aquellas precauciones que estuvieron á su alcance: tales como las de hacer que Millan fuese con los cincuenta hombres disfrazados, que á Soria le habian seguido, á situarse en la puerta de ella, de modo que siempre le quedára aquella salida; y emboscar un razonable escuadron á tan corta distancia de la ciudad, que á la primera señal podia hallarse al pie de sus muros: y dejando el resto en manos de su buena suerte, obraba en medio de sus enemigos tan sosega-

damente, ó acaso mas que hubiera podido hacerlo en sus propios reales.

Llegados á la casa que habitaban los Reyes, ninguna dificultad encontraron para introducirse en la cámara de la Reina, pues su entrada no podia menos de estar franca en las horas regulares á D. Pedro Ansurez, cuya dignidad de mayordomo mayor era en aquellos tiempos como en los actuales la mas alta y considerada de las de la Real servidumbre. El estado de sitio en que entonces se hallaba Soria dió lugar á que no se estrañasen en ningun modo las férreas figuras que seguian á D. Pedro Ansurez, del mismo modo que al cuerpo la sombra: los cortesanos que circulaban por los salones del alcázar se inclinaban profundamente al pasar por delante de ellos el privado, quien habiendo tenido algun tiempo para serenarse, empezaba á recobrar, á pesar de lo crítico de su posicion, aquel aire de importancia que ya le era

casi natural. D. Gomez no podia menos de sonreirse del singular contraste que aquellas demostraciones de respeto hacian con la verdadera y precaria situacion del Conde de Ansurez; Hernando se contenia con dificultad para no descargar una lluvia de tajos y mandobles sobre la afeminada chusma de los palaciegos; y Don Diego Lopez iba pensando entre sí cómo saldrian del lance en caso de ser conocidos antes de salir de la ciudad. Penetraron pues, como hemos dicho, sin encontrar obstáculo hasta las puertas de la estancia misma en que estaba Doña Urraca; y allí Don Pedro hizo que una dama de la servidumbre anunciase segun costumbre á la Reina que su mayordomo deseaba hablarla: entró la dama y á poco rato volvió á salir diciendo, que hallándose S. A. indispuesta, no se habia aun levantado de la cama, ni pensaba hacerlo en todo aquel dia: y que por lo mismo dejaba para el siguiente

recibir á su mayordomo. No era esta la primera vez que la Reina obraba así, antes por el contrario acostumbraba á hacerlo con mucha frecuencia; pues siéndole odiosa la vista de cuantos la rodeaban, y mucho mas que la de ninguna otra persona la de su antiguo ayo, se valía del espediente de fingirse enferma para poder á lo menos deplorar á sus solas la crueldad de su destino. «Ya lo oís, señores, dijo D. »Pedro volviéndose á sus tres acompañan»tes; me es imposible complaceros.— In»sistid, le contestó el Conde en voz muy »baja, pero con firmeza.— Hemos de en»trar, añadió Hernando: hemos de entrar »ó....— Basta, por San Pedro, le inter»rumpió D. Diego: ved el paraje en que »estamos.— Caballeros.... volvió á decir »el de Ansurez.— Insistid, os digo por úl»tima vez, ó temblad" replicó ya ardiendo en cólera Don Gomez. No habia recurso para D. Pedro; estaba enteramente á mer-

ced de los enemigos, y hubo por lo mismo de obedecerles. «Decid á la Reina, mi »Señora, que el asunto de que tengo que »hablarla es de tal importancia que no su»fre demora, y que la suplico que se dig»ne recibirme inmediatamente.» Ejecutó la dama este nuevo mandato, y trajo sin tardanza la órden de la Reina para que entrase el mayordomo, lo que se ejecutó inmediatamente, siguiéndole los tres caballeros.

Doña Urraca estaba en efecto en el lecho, y su hermosura parecia mayor en medio del estudiado desaliño en que se hallaba. Ondeaba libre el cabello sobre la espalda, que apenas cubria un delgado cendal, y al incorporarse cuando vió entrar al Conde, dejó ver un talle que hubiera podido dar envidia á la misma diosa de la hermosura; el enojo por la demasía del mayordomo en empeñarse en verla contra su espresa voluntad, habia encendido

el color del rostro, pálido otras veces á causa de sus continuados disgustos; y en una palabra, la figura de la Reina de Castilla era en el momento de que hablamos la mas seductora que puede imaginarse.

«¿Hasta dónde piensa el Conde Ansu»surez llevar el desacato y la injuria?" esclamó furiosa Doña Urraca al entrar en su cuarto el mayordomo.— «Crea V. A., »Señora, que bien á mi pesar...." No pudo decir mas, porque dentro ya de la estancia los tres castellanos, cerró Hernando inmediatamente la puerta, y sacando la espada se puso á ella de centinela sin proferir una palabra: la Reina que vió aquella accion, y que ignoraba quiénes eran los que delante tenia, se horrorizó creyendo que semejante precaucion no podia tener mas objeto que el de llevarla presa, ó tal vez el de atentar á su existencia; pues era tal la prevencion odiosa con que miraba á su marido, que le hacia la injuria

de creerle capaz de acciones enteramente agenas del ánimo de Alfonso el Batallador. Como quiera que fuese, lo cierto es que Doña Urraca se asustó sobre manera, é interrumpió al Conde en su discurso diciéndole con voz amortiguada: «Traidor: »¿qué intentas?— Sus intentos son vanos, »contestó el Conde de Candespina alzán»dose la visera; deponga V. A. todo te»mor.— ¡Dios de bondad! ¿Vos en Soria, »Conde?— Sí Señora; mientras haya en »mis venas una gota de sangre se consa»grará al servicio de mi Reina.— Lo que »importa, dijo el prudente D. Diego, es »que S. A. se vista y salgamos pronto de »aquí.— ¿Dónde vamos?— Al campo de »Castilla, Señora; no pierda V. A. tiem»po." Vistióse la Reina lo mejor y mas de prisa que pudo, con no poco embarazo por verse precisada á hacerlo delante de aquellos caballeros; pero ellos con la debida discrecion le volvieron la espalda en tanto

que lo hacia, prefiriendo justamente cometer tal descortesía á ofender con sus miradas el pudor de su Soberana. Aprovechando este intervalo se aproximó Hernando al Conde de Ansurez, que sumido en las mas amargas reflexiones parecia haberse convertido en fria estátua de mármol; tal era la estupidez con que miraba la escena que la fuerza le obligaba á presenciar, y asiéndole con no mucha afabilidad por un brazo, le dijo en voz que solo de él pudo ser oida: «¿Dónde está Doña »Leonor de Guzman?— Ya he dicho que »en un convento por órden del Rey.—¿En »qué convento?—En el de *** — ¿Está »muy lejos de aquí?— No.— Poned una »órden por escrito para que la abadesa la »deje salir inmediatamente.— ¡Una órden...!— Sin réplica.— ¡Cómo abusais »de mi situacion!—Sino estuvieras en ella »ya hubieras probado el hierro de la lanza »de Hernando de Olea. La órden al mo-

»mento; aquí hay recado de escribir, pon-»la. — Sea." Hizo el de Ansurez lo que Hernando le mandaba; mas, temeroso éste de que el Conde le hubiese engañado, poniéndole en vez de la órden que pedia algun documento como la carta de Urías, y no sabiendo leer, cosa muy comun en aquellos tiempos en todas las clases de la sociedad, y particularmente en la nobleza, cuyo esclusivo ejercicio era el de las armas, se dirigió á su amigo D. Gomez, quien leyó el papel y vió que en efecto era una órden en toda forma; mas preocupado con su principal idea, que era la de salvar á la Reina, no volvió á pensar en tal papel luego que se lo hubo devuelto al de Olea.

Es de advertir que á pocos instantes de estar en la estancia de la Reina los caballeros castellanos, hizo el Conde de Candespina que el de Ansurez mandase desde la puerta á la dama que estaba de guardia en la antecámara que diese las órdenes

convenientes para que lo mas pronto posible se pusiese una litera para S. A: obedeció la dama, y casi en el mismo instante en que Doña Urraca acababa de vestirse anunciaron que estaba pronta la litera. Cubrióse la Reina con un manto negro, y salió llevando á su derecha á su mayordomo, á la izquierda el Conde de Candespina, y detrás á D. Diego y Hernando. La presencia del Conde de Ansurez alejaba todo género de sospecha, pues acostumbrados todos en Soria á mirarle como el favorito del Rey, y á manera de gobernador de la Reina, respetaban sus acciones, aun aquellas que salian del órden regular, como se veneran los arcanos de la Providencia; por lo mismo aunque algunos cortesanos vieron salir á la Reina con tan poco aparato, y en hora desusada, no lo estrañaron, ó al menos si lo estrañaron guardaron silencio, pensando que se haria con acuerdo del Rey.

El hecho es que salieron con la mayor felicidad del alcázar, entrando la Reina en su litera y siguiéndola los mismos individuos. Apenas estaban en la calle, cuando el de Olea se dirigió de nuevo al Conde de Ansurez para preguntarle si una iglesia, que no tardaron en ver, era el convento en que se hallaba Leonor, y habiéndole respondido que sí, sin esperar á mas se dirigió á él apresuradamente. Informóse en la portería, en la cual le confirmaron en la verdad de lo que el Conde Ansurez le habia dicho; y habiendo hecho anunciar á la abadesa que se la buscaba de parte de éste, bajó inmediatamente la buena religiosa, y vista la firma del Conde no puso la menor dificultad en entregar á Doña Leonor, á quien inmediatamente fue á buscar. La premura con que Hernando dijo á la abadesa que debia presentarse al Conde aquella dama fue tal, que apenas la dió tiempo para ponerse un manto y ba-

jar. ¿Quién podria esplicar la alegría de Hernando, cuando abriéndose las puertas se presentó á su vista el objeto de todos sus pensamientos? No será mi pluma la que lo intente; para el que haya amado una vez toda esplicacion sobra, y para el que no sería inútil. Así que Hernando creyó que ya las religiosas que habian salido á acompañar á Doña Leonor no podrian oirle, se inclinó á ella y le dijo: «Estais en poder de un amigo; guiadme á »las puertas de la ciudad y seréis libre. »—¡Será posible...! Es la voz que oigo.... »—De Hernando de Olea.— ¿Y os habeis »espuesto por mí...?— A nada: dejémos »eso. ¿Sabeis el camino á la puerta por »donde se entra viniendo de Castilla?—Sí, »que no es esta la primera vez que he es»tado en Soria.— Pues guiad y volémos, »que temo que hemos de llegar demasiado »tarde." Y en efecto caminaron con tanta presteza que apenas sentaban el pie en

el suelo. Ya en esto la litera con los que la seguian habia llegado á la puerta de la ciudad, y en ella echó de menos el Conde de Candespina á su amigo Hernando. Recordando entonces el papel que le habia dado á leer en la cámara de la Reina, se hizo cargo de que habria ido á buscar á Doña Leonor, y temió que tal imprudencia le costase cara. Muy sensible le era tener que abandonar á su amigo en tan peligroso trance; pero la menor detencion podia frustrar su ya casi conseguido y principal designio de sacar de Soria á Doña Urraca, y por lo mismo, despues de algunos instantes de meditacion, se decidió á sacrificarlo todo al interés de la Reina.

A la órden personal de D. Pedro Ansurez se abrieron las puertas, y él mismo se vió obligado á salir con la Reina: Millan sin embargo se quedó con parte de la escolta en la puerta para esperar á Hernando, quien llegó como un cuarto de

hora despues con Doña Leonor. «¿Y la »litera dónde está? fue su primera pregun- »ta.— Se ha marchado, respondió Millan; »pero el Conde D. Pedro ha dejado órden »para que se os facilite un caballo de uno »de los soldados de la guardia que ya está »pronto." La verdad era que el Conde de Candespina le habia prevenido á Millan que dispusiese el caballo, y este fiel criado lo ejecutó puntualmente. Montó pues Hernando; puso á Leonor á las ancas, y se alejó á todo galope de los muros de Soria; y á poco siguió Millan con el resto de la tropa, dejando á los que guardaban las puertas atónitos de lo que veian, pero muy lejos de comprender la causa.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ERRATAS.

TOMO 1.º

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
31..	19.....	bajo, á cuya.....	bajo cuya
45..	9.....	prenderla.....	prendedla
87..	17.....	hacheros.....	Archeros
87..	19.....	Las rivalidades...	La rivalidad
93..	20.....	hallará.....	hallára
107..	11.....	en él.....	en ella
113..	13.....	los.....	les
129..	5.....	digo, ...	digo;
145..	3.....	acumulaban.....	acumulaba
148..	19.....	tenian:	tenian,

LS.
F7482

34823

Author Escosura, Patricio de la

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 20 05 12 002 2